

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos Del 22
Al 32

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Alexandra Christian (Norwalk)** - - - - 22. Miss Wilkinson, una antigua amiga de los tíos de Philip, vivía en Berlín. Hija de un pastor, rector de un pueblo situado en el Lincolnshire, en el que mister Carey había estado como cura, se había visto obligada, cuando murió su padre, a ganarse la vida desempeñando el cargo de institutriz en Francia y en Alemania. Miss Wilkinson se carteaba con mistress Carey, y en dos o tres ocasiones fue a pasar las vacaciones a Blackstable, abonando una pequeña cantidad, como siempre hacían los huéspedes de los Carey. Cuando se convino que lo mejor era ceder al deseo de Philip, mister Carey escribió a su amiga para pedirle consejo y miss Wilkinson recomendó a Heidelberg como el mejor sitio para aprender el alemán y hasta habló de una pensión, la casa de la frau Professor Erlin. Philip pagaría treinta marcos a la semana, y el profesor de la escuela superior de la ciudad le daría lecciones de alemán. Philip llegó a Heidelberg una mañana de mayo. Su equipaje fue colocado en una carretilla y el recién llegado siguió al mozo fuera de la estación. El cielo estaba azul y los árboles del paseo se hallaban cubiertos de hojas. La frescura del ambiente era sumamente agradable, lo cual, unido a la ansiedad que produce empezar una nueva vida entre desconocidos suscitaba en el joven una extraña sensación de alegría. Se hallaba algo sorprendido al ver que nadie fue a esperarle a la estación y sintió cierta angustia cuando el mozo le dejó solo ante el ancho portón de una gran casa blanca. Un muchacho mal vestido le introdujo en un salón atestado de muebles tapizados de terciopelo verde y con una mesa redonda en el centro. Sobre la mesa había un jarrón con un ramo de flores muy apretado y rodeado de un papel rizado, como si fuera el hueso de un jamón. Alrededor del ramo, a distancias regulares, algunos libros encuadernados en cuero. El ambiente olía a mohó. Frau Professor entró acompañada de olores culinarios. Bajita, gruesa, con los cabellos tirantes y el rostro rojo, los ojos redondos y relucientes, la alemana se mostró amable y cordial. Cogió las manos de Philip, pidiéndole noticias de miss Wilkinson, la cual, en dos ocasiones, había vivido en su casa. Hablaba en alemán, intercalando de cuando en cuando una palabra en inglés. Philip no acertó a hacerle comprender que no conocía a miss Wilkinson. A continuación entraron las dos hijas de frau Erlin. A Philip no le parecieron muy jóvenes, pero seguramente no pasaban de los veinticinco. Tecla, la mayor, era bajita como su madre y tenía igualmente su mismo aire astuto, pero con cara bonita y abundante cabello negro. Ana, la más joven, era alta y fea, pero poseía una sonrisa simpática y Philip la prefirió inmediatamente a la otra. Tras pocos minutos de conversación cortés, frau Professor acompañó a Philip a su habitación y le dejó solo. La habitación se encontraba en una torrecita y daba a los árboles de la Anlage. La cama estaba en una alcoba, por lo que, sentado en el escritorio, no veía la cama y no le parecía estar en un dormitorio. Philip deshizo su equipaje y sacó sus libros. Por fin era dueño de sí mismo. A la una le llamó a comer una campana. Encontró a todos los huéspedes de la casa reunidos en el salón. Philip fue presentado al profesor, un hombre de mediana edad, alto, con una gran cabeza rubia que empezaba a ser gris, y dulces ojos azules. Dicho profesor habló a Philip en un inglés correcto y más bien arcaico, pues había sido aprendido leyendo los clásicos y no en conversaciones. Al joven le pareció extraño oír palabras que había encontrado a menudo en los dramas de Shakespeare. Frau Professor Erlin decía que su casa era una familia y no una pensión, pero lo cierto era que se habría precisado de toda la sutileza de un metafísico para establecer con precisión dónde estaba la diferencia. Cuando se sentaron a comer en una habitación alargada y oscura, contigua al salón, Philip, que se mostraba muy tímido, comprobó que eran dieciséis personas. Frau Professor sentábase a la cabecera de la mesa y cortaba carne. El muchacho mal vestido se encargaba de servir la mesa, haciendo un gran ruido con los platos, y aunque era un muchacho ágil, ocurría a menudo que la primera persona

servida terminaba de comer antes de que la última hubiera recibido su ración. Frau Professor quería que sólo se hablase en alemán, así que Philip se veía obligado a guardar silencio, si bien su timidez tampoco le hubiera permitido hablar mucho. Dedicóse mientras tanto a observar a las personas entre las cuales tendría que convivir. Junto a frau Professor sentábanse algunas señoras en las que no fijó su atención. Había, además, dos muchachas, las dos de cabello rubio, y una de ellas era de rostro agraciado. Fräulein Eduvigis y fräulein Cecilia. Esta última llevaba una larga trenza que le caía a lo largo de la espalda. Se sentaban juntas y hablaban entre sí, riéndose por lo bajo. De vez en cuando miraban a Philip y a continuación se decían alguna cosa la una a la otra. El joven enrojecía creyendo que se burlaban de él. Junto a ellas estaba sentado un chino —rostro amarillo y amplia sonrisa— que estudiaba economía política occidental en la Universidad. Hablaba tan rápidamente, con su peculiar acento, que a menudo las niñas no le entendían y estallaban en risas. El chino reía también sin enfadarse y sus ojos de almendra desaparecían casi por completo. Había también dos o tres americanos, estudiantes de teología, vestidos con traje negro, de tez amarillenta y árida. Philip notó el acento nasal en el pésimo alemán que hablaban y los miró con desconfianza; le habían enseñado que los americanos son unos bárbaros imposibles de civilizar. Después de comer, algunos pasaron al salón, sentándose en las rígidas poltronas de terciopelo. Fräulein Ana preguntó a Philip si quería salir de paseo con ellas. Philip aceptó. Formaron una comitiva: las dos hijas de frau Professor, las otras dos niñas, uno de los estudiantes americanos y Philip. Éste marchaba entre Ana y fräulein Eduvigis, ligeramente turbado. No había tenido ninguna relación con muchachas. En Blackstable sólo había las hijas de los agricultores y de los comerciantes. Las conocía de nombre y de vista, pero era tímido y pensaba que ellas se reirían de su deformidad. Siempre había reconocido la diferencia que existía entre su propio rango y el de los agricultores. El médico tenía dos hijas, pero ambas eran mayores que Philip; se habían casado con ayudantes del padre cuando Philip todavía era un niño. En el colegio se habló de dos o tres muchachas, más agraciadas que modestas, conocidas de algunos de los pensionistas, los cuales habían vivido terribles intrigas amorosas con ellas, intrigas que probablemente no existían más que en la imaginación de los adolescentes. Pero Philip escondió siempre bajo un orgulloso desprecio el terror que la mujer le causaba. Su fantasía y su lectura le inspiraron el deseo de tomar una actitud byroniana y sentíase vacilar entre un morboso amor propio y el deseo de ser galante. Hubiera querido mostrarse brillante y divertido, pero su cerebro estaba vacío y no sabía qué decir. Frau Ana le dirigía de vez en cuando la palabra por pura cortesía, pero la otra hablaba poco, mirándole con los ojos brillantes, echándose a veces a reír, cosa que a Philip llenaba de confusión. Sin duda lo encontraban ridículo. Pasearon a lo largo del flanco de una colina, entre pinos, y el perfume de éstos produjo en Philip una deliciosa sensación. El día era cálido y el cielo aparecía sin una nube. Por último, subieron a una colina desde donde se dominaba el valle del Rhin, abierto ante sus ojos bajo el sol. Era una amplia extensión inundada de luz. A lo lejos se veían algunas ciudades y la cinta plateada del río que atravesaba el valle. Las amplias llanuras eran raras en aquel rincón del Kent que Philip conocía. Sólo el mar ofrecía un amplio horizonte. La inmensa llanura que el joven veía ante sí le produjo una sensación especial, indescriptible. De pronto experimentó un profundo alivio. Sin embargo, por primera vez experimentaba el sentimiento de la belleza, libre de toda otra emoción extraña. Se sentó en un banco con las dos niñas. Los demás habían seguido adelante, y mientras las muchachas hablaban rápidamente en alemán, Philip, indiferente a su proximidad, dejaba que sus ojos se inundasen de belleza. — ¡Dios mío! No cabe duda de que soy bastante feliz. 23. Philip pensaba a veces en el colegio y se reía imaginando lo que estarían haciendo los pensionistas en aquel momento. En otras ocasiones soñaba que se encontraba aún en el colegio y cuando se despertaba sentíase profundamente feliz al verse en su pequeña habitación de la torre. Desde la cama veía la masa de nubes que navegaba en el cielo azul. Se embriagaba de libertad. Podía irse a la cama cuando quería y levantarse cuando le venía en gana. Nadie le daba órdenes y no se veía obligado a decir mentiras. Se acordó que el profesor Erlin le daría lecciones de latín y de alemán; un maestro de francés acudía todos los días para perfeccionarle en su lengua y frau Professor le recomendó para las matemáticas a un inglés que estudiaba filología en la Universidad. Este último llamábase Wharton, y Philip iba todas las mañanas a buscarle al último piso de su casa de aspecto mísero. La habitación estaba sucia y en desorden y despedía un olor agrio, producto de la mezcla de diversas hediondecas. Por lo general, cuando Philip llegaba, a las diez, el profesor estaba todavía en la cama. Mister Wharton saltaba del lecho, se cubría con una bata sucia y metía los pies en unas pantuflas de fieltro, y mientras daba la clase engullía su modesto desayuno. Era bajo de estatura, poseía el gran vientre de los bebedores de cerveza, un pequeño bigote y cabellos largos y despeinados. Vivía en Alemania desde hacía cinco años y se había convertido casi en un alemán. Hablaba con desprecio de Cambridge, donde se doctoró, y con verdadero horror de la vida que esperaba a Philip cuando, después de haberse doctorado en Heidelberg, regresara a Inglaterra para iniciar su carrera pedagógica. Adoraba la vida de la Universidad alemana por la feliz libertad que se disfrutaba en ella y por la alegre camaradería que reinaba. Era miembro de una Burschenschaft—asociación estudiantil—, y prometió a Philip hacer que tomase parte en una

Kneipe —reunión de amigos para beber—. Era muy pobre y no ocultaba que las lecciones que daba a Philip representaban para él la posibilidad de comer carne en vez de pan y queso. A veces, después de una noche pasada bebiendo, se despertaba con tal dolor de cabeza que daba las lecciones con la mente confusa. Para tales ocasiones guardaba bajo la mesa una botella de cerveza; un buen vaso y una pipa le infundían valor para soportar el peso de la vida. —Una pequeña cura de homeopatía —decía mientras vertía la cerveza con precaución para evitar la espuma y no tener que esperar demasiado. Hablaba a Philip de la Universidad, de los duelos entablados entre jóvenes pertenecientes a asociaciones rivales, de los méritos de este o de aquel profesor. Philip aprendía de él más experiencia de la vida que matemáticas. A veces Wharton se apoyaba riendo en el respaldo de la butaca y decía: —Hoy no hemos hecho nada; por lo tanto, no debe pagarme la lección. — ¡Oh!, no importa —respondía Philip. Todo lo que decía el profesor era nuevo e interesante y le importaba más que las lecciones de trigonometría, que no querían entrarle en la cabeza. Era como una ventana abierta, a través de la cual podía echar un vistazo a la vida en tanto que el corazón le latía acelerado. —No, guárdese usted su dinero —insistía Wharton. — ¿Y su comida? —decía sonriendo Philip, que conocía perfectamente la situación financiera del profesor. Wharton le había rogado que le pagara sus lecciones —a razón de dos chelines cada una— semanalmente en lugar de por meses, para simplificar la contabilidad. — ¡Oh!, mi comida no importa. No será la primera vez que mi comida consista en una botella de cerveza, y mi cerebro nunca está tan lúcido como en esas ocasiones. Metía su brazo debajo de la cama —las sábanas estaban amarillas de suciedad— y pescaba otra botella. Demasiado joven para saber apreciar las cosas buenas de la vida, Philip se negaba a compartirla con él y le dejaba beber solo. — ¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer aquí? —le preguntó un día Wharton. Ambos habían renunciado con alegría a la ficción de las lecciones de matemáticas. —No lo sé; quizás un año. Mi familia quiere que después vaya a Oxford. Wharton alzó los hombros con un gesto de desprecio. Esto era una nueva experiencia para Philip. Por lo visto había personas que no miraban con ojos reverentes aquel templo del saber. — ¿Qué va usted a hacer allí? Se volverá usted un estudiante presuntuoso. ¿Por qué no se matricula usted aquí? Un año no le servirá a usted de nada. Quédese usted cinco. En la vida existen dos cosas buenas: libertad de pensamiento y libertad de acción. En Francia podrá usted tener libertad de acción. Puede hacer lo que le parezca y nadie hará caso de usted, pero debe pensar como los demás. En cambio, en Alemania debe hacer lo que hacen los demás, pero puede pensar como guste. Las dos cosas son buenas; sin embargo, yo prefiero la libertad de pensamiento. En Inglaterra no se tiene ni una cosa ni otra. Vive uno prisionero de los convencionalismos. No se puede obrar libremente ni pensar como uno quiere. Y eso que se trata de una nación democrática. Creo que en América será todavía peor. —Y se apoyó hacia atrás, con precaución, ya que su silla tenía una pata rota y hubiera resultado chusco que aquel bello discurso acabase con la caída del orador sobre el pavimento. Hizo una pausa y añadió: —Debía volver a Inglaterra este año, pero si logro reunir lo bastante para vivir un poco mejor de lo que vivo, me quedaré aquí otros doce meses. Más tarde tendré que marcharme y habré de dejar todo esto —con un ademán señaló el sucio suelo, la cama deshecha, las prendas de vestir desparramadas por el piso, una hilera de botellas vacías alineadas junto a la pared, montones de libros esparcidos por todas partes...— por cualquier Universidad provinciana, donde intentaré obtener una cátedra de filosofía. Jugaré al tenis y frecuentaré el té de las señoras de buenos pensamientos —se interrumpió para lanzar una cómica mirada a Philip, que iba bien vestido, llevaba un cuello limpio y los cabellos peinados—. Y, ¡oh Dios mío!, tendré que lavarme. Philip enrojeció, viendo en aquellas palabras una especie de crítica a su aspecto correcto y pulido. Desde hacía algún tiempo se preocupaba de su elegancia y se había llevado de Inglaterra una bella colección de corbatas. El verano llegó como un conquistador. Los días eran bellos, la turquesa del cielo resaltaba tan brillante que espoleaba los nervios como un aguijón. El verde de los árboles del Anlage era crudo y violento y las casas iluminadas por el sol mostraban un blanco tan deslumbrador que casi hacía daño a los ojos. A veces, al regresar de casa de Wharton, Philip se sentaba a la sombra, en un banco del Anlage, para disfrutar del aire fresco que corría y observar en la tierra los dibujos que formaba el sol al atravesar el follaje. Su alma se estremecía de alegría en aquellos momentos de ocio robados al trabajo. Otras veces paseaba por las calles de la vieja ciudad, miraba con admiración a los estudiantes de las asociaciones que, con las mejillas encarnadas y llenas de cicatrices, iban de ronda llevando sus gorros de colores vivos. Por la tarde Philip iba de excursión hasta la colina en compañía de las muchachas de la pensión o bien se iba al río a tomar el té en el jardín de cualquier cervecería. Por la noche se paseaba por Stadtgarten —jardín público—, escuchando la música de la banda. Pronto estuvo Philip al corriente de los asuntos de los diversos habitantes de la casa. Fräulein Tecla, la hija mayor, estaba prometida con un inglés que había pasado doce meses en la casa para aprender el alemán. El matrimonio había de celebrarse a últimos de año, pero el novio escribía que su padre, un negociante de caucho que habitaba en Slough, no aprobaba la unión, y fräulein Tecla lloraba mucho. En ocasiones su madre y ella examinaban con ojos severos y expresión dura las cartas del enamorado. Tecla pintaba a la acuarela y

en muchas ocasiones, en compañía de Philip y de otra muchacha, salía al campo a pintar. También la graciosa fräulein Eduvigis tenía penas amorosas. Era hija de un negociante de Berlín, y un brillante oficial de húsares — ¡nada menos que un von!— se había enamorado de ella; pero los padres del oficial se oponían a que contrajera matrimonio con una burguesa. Y los de Eduvigis la habían mandado a Heidelberg para que olvidase aquel amor desgraciado. La muchacha afirmaba que nunca lo olvidaría y se carteaba con el joven, el cual hacía todo lo posible por obligar a los padres a que cambiasen de idea. La jovencita contó todo esto a Philip entre suspiros y rubores que la favorecían enormemente, mostrándole al mismo tiempo la fotografía del alegre oficial. Philip la prefería a la otra muchacha, y cuando iban de paseo buscaba siempre la manera de colocarse a su lado. Enrojecía intensamente cuando los demás le gastaban bromas por esa preferencia que sentía. La primera declaración de amor de su vida se la hizo a Eduvigis, pero fue de un modo casual. He aquí cómo sucedieron las cosas. Durante la noche, cuando no salían, las jóvenes cantaban romanzas en el salón de terciopelo verde. Fräulein Ana, siempre dispuesta a ser útil, las acompañaba. La romanza favorita de Eduvigis era una canción titulada: Ich liebe dich (Te amo). Una noche, después de haber cantado, Eduvigis salió al balcón. Philip, a su lado, miraba las estrellas. Queriendo hacer alguna observación sobre la romanza, Philip empezó a decir: —Ich liebe dich... Sabía muy poco alemán y se detuvo para pensar la palabra que tenía que decir a continuación. La pausa fue brevísima, pero antes de que hubiera tenido tiempo de volver a hablar, fräulein Eduvigis se apresuró a decirle: —Ach, herr Carey. Sie müssen mir nicht «du» sagen. (¡Ah!, mister Carey, no debe usted hablarme de tú). Philip notó que las mejillas se le ponían como un pimiento, ya que nunca había pensado en tomarse tal confianza. No sabía qué decir. Hubiera sido poco galante decir que no había sido su intención el declararse, sino mencionar el título de la romanza. —Entschuldigen Sie. (Perdóneme.) —murmuró. — ¡Oh!, no vale la pena —susurró Eduvigis. Sonrió dulcemente, le estrechó la mano y regresó al salón. Al día siguiente, demasiado turbado para poderle dirigir la palabra, Philip hizo todo lo posible por evitarla. Cuando llegó la hora de salir pretextó que no podía ir por tener que estudiar. Pero fräulein Eduvigis encontró el momento de hablar a solas. — ¿Por qué se comporta usted de este modo? —le dijo en voz baja—. No estoy enfadada por lo que me dijo usted anoche. No es culpa suya si me ama. Pero aunque yo no sea en realidad la prometida de Hermann, nunca podré amar a otro y me considero como su esposa. Philip enrojeció una vez más, pero dio con las palabras propias del enamorado rechazado. —Deseo que sea usted muy feliz. 24. El profesor Erlin daba clase diariamente a Philip. Hizo una lista de libros que el joven debía leer antes de enfrentarse con el Faust, que era la obra más difícil; y mientras tanto le obligó a que tradujera al alemán un drama de Shakespeare que Philip había estudiado en el colegio. Era el período en que Goethe estaba de moda en Alemania. No obstante su tibio patriotismo, Goethe había sido adoptado como poeta nacional y después de la guerra del setenta parecía ser una de las glorias más significativas de la unidad germánica. Los entusiastas parecían oír en la violencia de la «noche de Walpurgis» el estrépito de la artillería en Gravelotte. Pero el signo de la grandeza de un escritor reside en el hecho de que diversas mentalidades puedan dar distintas explicaciones de su obra; y el profesor Erlin, que detestaba a los prusianos, sentía una admiración entusiástica por sus obras, las cuales le parecían olímpicas, serenas y el único refugio para un espíritu sano contra las exageraciones de la generación presente. Desde hacía algún tiempo se hablaba mucho en Heidelberg de cierto dramaturgo; el invierno anterior uno de sus dramas había sido representado en el teatro entre los aplausos de los admiradores y la desaprobación de las personas serias. Philip había oído grandes discusiones en la mesa. Cuando se hablaba de ello, el profesor Erlin perdía la calma y daba grandes puñetazos en la mesa, dominando, con su voz tonante de bajo profundo, a los que le llevaban la contraria. «Son tonterías —decía—; peor aún, son tonterías inmorales». Había hecho esfuerzos por escuchar el drama hasta el final, pero no podía decir cuál había sido el efecto mayor que le había producido: si el de aburrimiento o el de disgusto. Si el teatro debía reducirse a aquello, más valdría que la policía cerrase sus puertas. No era melindroso y se reía como cualquier hijo de vecino con la espiritual inmoralidad de una farsa del Palais Royal; pero ésta era una suciedad bella y buena. Con ademán enfático se acarició las narices y emitió un silbido por entre los dientes; pero aquello otro era la ruina de la familia, el resquebrajamiento de la moral, la destrucción de Alemania. —Aber Adolf! —exclamó frau Professor desde la extremidad de la mesa—. Cálmate. El profesor dirigió el puño hacia ella. Era de la mejor pasta y no tomaba nunca una determinación sin consultar a su mujer. —No, Ellen; te lo aseguro —aulló—. Preferiría ver a mis hijas muertas a mis pies antes de verlas escuchar las frases de ese desvergonzado individuo. La comedia era Casa de muñecas y el autor se llamaba Enrique Ibsen. El profesor lo situaba en el mismo plano que a Ricardo Wagner, del cual, sin embargo, no hablaba con cólera, sino riendo alegremente. Wagner era un charlatán, aunque un charlatán afortunado. El sentido humorístico del profesor encontraba en las obras de Wagner muchos motivos de diversión. —Verrückter Ker! (¡Un extravagante!) —decía. Había oído Lohengrin, y esto, según él, aún podía pasar. Era aburrido, pero nada más. ¡Mas Sigfrido...! Cuando lo nombraba, el profesor Erlin se cogía la cabeza entre las manos y se reía a mandíbula batiente. ¡Ni una melodía en

toda la obra! Se imaginaba a Ricardo Wagner sentado en un palco y riendo como un loco al ver que la gente lo tomaba en serio. La más grande tomadura de pelo del siglo. Se llevaba el vaso de cerveza a los labios, echaba hacia atrás la cabeza y lo vaciaba de un trago. Luego, secándose la boca con el dorso de la mano, decía: —Os lo digo yo, jóvenes; antes de que se acabe el siglo, Wagner estará muerto y olvidado. ¡Wagner! ¡Daría toda su Tetralogía por una sola obra de Donizetti! 25. El más extravagante de los profesores de Philip era el que le enseñaba francés: monsieur Ducroz, ciudadano de Ginebra. Era un viejo alto, de mejillas descarnadas y pálidas, de cabello gris, largo y ralo. Llevaba un traje negro, usado, con los codos deformados y raídos; sus pantalones aparecían llenos de flecos. En cuanto a sus camisas, parecían no haber sido lavadas nunca. Philip no le había visto jamás un cuello blanco. De pocas palabras, daba sus lecciones concienzudamente, pero sin el menor entusiasmo, llegando a la hora en punto y marchándose en el minuto preciso. Era de carácter taciturno y lo que Philip supo de él lo supo por otros. Al parecer, aquel individuo había combatido al lado de Garibaldi y contra el Papa. Pero salió de Italia disgustado cuando supo que todos sus esfuerzos por la libertad —entendía por libertad la institución de la República— no habían tenido otro desenlace que un cambio de soberanos. Fue expulsado después de Ginebra por no se sabe qué delitos políticos. Philip le miraba sorprendido, porque le parecía muy distinto de la idea que tenía formada de los revolucionarios. Hablaba con voz queda y era extraordinariamente cortés. No se sentaba hasta que se le rogaba y cuando se encontraba a Philip en la calle se quitaba el sombrero con un gesto elegante. No reía nunca, ni siquiera sonreía. Una imaginación más despierta que la de Philip hubiera reconocido en él a un joven de bellas esperanzas, pues aquel individuo debía de haber entrado en la virilidad hacia el año 1848, cuando los soberanos, acordándose de sus hermanos de Francia, sentían en la nuca una especie de cosquilleo poco agradable. Seguramente la pasión por la libertad que se había apoderado de Europa, derrocando absolutismos y tiranías, no anidó en un corazón más ardiente que el suyo. No costaba mucho imaginarse a aquel individuo apasionado por la igualdad humana y por los derechos del hombre, discutiendo, disputando, combatiendo tras las barricadas de París, fugitivo entre la caballería austríaca en Milán, preso aquí, exiliado allá, rebosante de ilusiones y de esperanzas, embriagado por la mágica palabra «libertad», hasta que, oprimido por la enfermedad y las privaciones, viejo, sin conseguir ganarse la vida con las pocas lecciones que daba a estudiantes pobres, había llegado a aquella limpia ciudad colocada bajo la férula del soberano más absolutista que había en Europa. Su taciturnidad era probablemente un parapeto tras el cual se escondía un desprecio hacia la raza humana, que había renunciado a los grandes sueños que él acariciara en su juventud, dejándose ganar por la pereza y la comodidad; o quizás aquellos treinta años de revoluciones le habían hecho comprender que el hombre no estaba hecho para la libertad, y ahora pensaba que había desperdiciado su vida persiguiendo lo que no valía la pena de que fuera perseguido. Acaso se había cansado de todo y esperaba con indiferencia la muerte liberadora. Un día Philip, con el atrevimiento propio de los pocos años, le preguntó si era verdad que había estado con Garibaldi. El viejo pareció no dar importancia a la pregunta, y respondió con su acostumbrada voz: —Oui, monsieur. —Dicen que intervino usted en lo de la Comuna. — ¿Sí? ¿Quiere que continuemos la lección? Le entregó el libro abierto, y Philip, intimidado, empezó a traducir el párrafo que le indicaba. Un día pareció que monsieur Ducroz estaba enfermo. Se había cansado al subir la larga escalera que conducía a la habitación de Philip y, una vez allí, dejóse caer en una silla, intentando rehacerse. Estaba más pálido que de costumbre y gotas de sudor le perlaban la frente. —Me parece que no se encuentra usted bien —le dijo Philip. —No es nada. Pero Philip se dio cuenta de que sufría y después de la lección le preguntó si no preferiría suspenderlas hasta que estuviese mejor. —No —respondió el viejo con su acostumbrado hilo de voz—; prefiero continuar mientras me sea posible. Philip, que siempre se ponía nervioso cuando tenía que hablar de dinero, enrojeció. —Pero para usted no... no habrá ninguna diferencia —dijo—. Le pagaré las lecciones lo mismo. Si me lo permite le pagaré por anticipado las lecciones de la semana próxima. Monsieur Ducroz cobraba dieciocho peniques por hora. Philip sacó de su bolsillo una moneda de diez marcos y la depositó tímidamente sobre la mesa. No se atrevía a ofrecérsela al viejo como si éste fuera un mendigo. —En este caso creo que no volveré hasta que esté curado del todo. Cogió la moneda y se marchó sin más palabras que el ceremonioso saludo que solía emplear al despedirse: —Bon jour, monsieur. Philip se sintió vagamente desilusionado. Creyendo que había tenido un gesto generoso, esperaba que monsieur Ducroz le colmase de palabras de gratitud. Se quedó estupefacto al ver que el viejo aceptaba su atención como si le fuera debida. Era tan joven que ignoraba que la gratitud era menor en los que recibían que en los que daban. Monsieur Ducroz reapareció cinco o seis días después. Andaba con paso más incierto que antes y estaba muy débil. Pero parecía haber vencido la crisis. No hablaba más que antes. Continuaba mostrándose misterioso, sucio y distante. No hizo ninguna alusión a su enfermedad hasta que la lección hubo terminado. Entonces, al tiempo que se marchaba, se detuvo en el umbral, cuando ya había abierto la puerta, y titubeó como si le costase trabajo hablar. —Si no hubiera sido por el dinero que usted me dio me habría muerto de hambre; no tenía nada más. Hizo su acostumbrado saludo, obsequioso y solemne

como siempre, y salió. Philip sintió un pequeño nudo en la garganta. Creyó comprender la desesperada amargura de la lucha de aquel viejo, con quien la vida se mostraba tan dura, mientras para él resultaba tan agradable. 26. Una mañana, cuando ya hacía tres meses que Philip estaba en Heidelberg, frau Professor le anunció la llegada de cierto inglés llamado Hayward, y la misma noche, durante la cena, Philip vio un rostro nuevo. Desde hacía varios días la familia vivía en un estado de sobreexcitación. En primer lugar, y como resultado de Dios sabe qué intrigas —humildes ruegos y veladas amenazas—, los padres del joven inglés a quien fräulein Tecla estaba prometida la habían invitado a que fuera a Inglaterra. La jovencita se marchó con su álbum de acuarelas, a fin de demostrar su habilidad, y con un paquete de cartas, para demostrar hasta qué punto la había comprometido el joven. Una semana después fräulein Eduvigis anunció con radiante sonrisa que el teniente dueño de su corazón estaba a punto de llegar a Heidelberg en compañía de sus padres. Cansados de la insistencia del hijo e impresionados por la dote que el padre estaba dispuesto a entregar a la muchacha, los padres del joven habían consentido en ir a Heidelberg para conocer a ésta. La entrevista fue de resultados satisfactorios, y Eduvigis pudo saborear el placer de lucir a su enamorado por el Stadtgarten ante todos los pensionistas de frau Professor. Las silenciosas viejas que se sentaban junto a frau Professor aparecían animadísimas, y cuando fräulein Eduvigis anunció que se marcharía inmediatamente a su casa para comprometerse oficialmente, frau Professor dijo que había preparado una Maibowle. El profesor se preciaba de ser muy hábil en la preparación de aquella dulce y excitante bebida, y, después de la cena, el gran jarro de vino del Rhin mezclado con soda y perfumado con hierbas aromáticas y fresas del bosque fue colocado solemnemente sobre la mesa redonda que había en el centro del salón. Fräulein Ana gastó alguna broma a Philip sobre la partida de su amada, y el muchacho se sintió un poco embarazado y melancólico. Eduvigis cantó varias romanzas. Fräulein Ana tocó la Marcha nupcial y el profesor cantó Die Wach am Rhein (La guardia a orillas del Rhin). En medio de la alegría general Philip no prestó mucha atención al recién llegado. En la mesa se habían sentado uno frente al otro, pero Philip bromeaba con fräulein Eduvigis, y el extranjero, que no conocía el alemán, comía en silencio. Al ver que el nuevo huésped llevaba una corbata azul pálido, Philip sintió por él cierta antipatía. Era un joven de veintiséis años, muy alto, con el cabello rubio y ondulado, por el que pasaba la mano a menudo con ademán indolente. Sus grandes y clarísimos ojos azules tenían una expresión cansada. Iba perfectamente afeitado, y su boca, no obstante los delgados labios, estaba bien dibujada. Fräulein Ana, que se interesaba por las fisonomías, hizo notar más tarde a Philip la bella forma del cráneo del recién llegado y la debilidad de la parte inferior del rostro. —La cabeza —observó— es la de un pensador, pero la mandíbula carece de carácter. Fräulein Ana, con sus salientes pómulos y su gruesa nariz y condenada por anticipado a quedarse soltera, daba gran importancia al carácter. Mientras los demás hablaban de él, el recién llegado se mantenía un poco aparte, observando la bulliciosa reunión con aire ligeramente desdeñoso. Alto y ágil, poseía gestos graciosos aunque un tanto rebuscados. Weeks, uno de los estudiantes americanos, al verle solo se puso en pie y se dirigió hacia donde estaba el muchacho, con intención de hablarle. Existía un marcado contraste entre ambos: el americano, muy correcto y con algo de eclesiástico en sus maneras, y el inglés, con su traje en forma de saco, los miembros largos y los modales tardos e indolentes. Philip no habló con él hasta el día siguiente. Se encontraron antes de la hora de comer en el balcón del salón. Fue Hayward quien le dirigió la palabra. —Es usted inglés, ¿verdad? —Sí. —¿Se come aquí siempre tan mal como anoche? —Poco más o menos lo mismo. Abominable, ¿no es cierto? —¡Abominable! La marcha de fräulein Tecla a Inglaterra imponía a la hermana mayor más trabajo en la casa y no le quedaba tiempo para dar largos paseos. Fräulein Cecilia, con su larga trenza de color rubio y su naricita respingona, sentía desde hacía algún tiempo preferencia por la soledad. Fräulein Eduvigis se había marchado, y Weeks, el americano que acostumbraba salir de paseo con ellos, realizaba una excursión por la parte meridional de Alemania. Philip tenía una particularidad. Bien fuera por timidez, bien por un atavismo cuyo origen se remontaba a los habitantes de las cavernas, experimentaba cierta antipatía hacia las personas que acababa de conocer. Sólo después de haberse habituado a ellas vencía aquella primera impresión. Esto hacía difícil establecer con él relaciones cordiales. Recibió, pues, la aproximación de Hayward con cierta hostilidad, y cuando el otro le preguntó si quería salir un día con él, aceptó tan sólo porque no le fue posible encontrar un pretexto para rehusar. Lo que sí dijo fue su acostumbrada frase de excusa, irritado al ver que la sangre le subía al rostro e intentando disimular su turbación con una carcajada. —No puedo caminar muy de prisa. —¡Por Dios! No es mi intención ganar una carrera pedestre. Me gusta andar despacio. ¿Recuerda usted el capítulo de Mario el Epicúreo, de Walter Pater, donde el autor dice que un paseo lento es el mejor incentivo para la conversación? Philip sabía escuchar. Aunque a veces se le ocurrían cosas interesantes que decir, esto sucedía, por lo general, cuando la ocasión había pasado. Hayward era comunicativo, y una persona con más experiencia que Philip no hubiera dejado de notar que le gustaba escucharse a sí mismo. Su aire un poco desdeñoso impresionaba a Philip, el cual no podía menos de admirar con cierto espanto a un hombre que despreciaba tantas cosas que para él habían sido siempre sagradas. El joven

condenaba los ejercicios físicos y llamaba «coleccionistas de copas» a todos los que se dedicaban a los diversos deportes, y Philip advertía que el joven no hacía más que sustituir aquel ejercicio por el de la cultura. Subieron al castillo y se sentaron en la altura que domina la ciudad, como acurrucada en el valle que se abre a lo largo del bello Neckar. El polvo del camino, pálido velo azul, fluctuaba en el cielo. Los agudos tejados y el campanario de la iglesia daban al paisaje un simpático aspecto medieval. La naturaleza de aquel paisaje despertaba en el corazón un sentimiento de fervor. Hayward hablaba de Richard Feverel y de Madame Bovary; de Verlaine, de Dante y de Matthew Arnold. En aquella época la traducción de la poesía de Omar Khayyam era conocida sólo por unos cuantos. Hayward recitó aquellos versos a Philip; le gustaba mucho decir versos, suyos y de los demás, y los recitaba con una monótona cantilena. Al regresar a casa, la desconfianza que Hayward inspiraba a Philip se había trocado en entusiasta admiración. Tomaron la costumbre de salir juntos de paseo todos los días, y Philip fue sabiendo poco a poco detalles de la vida del otro. Era hijo de un juez de provincias, el cual había muerto algunos años antes dejándole trescientas libras de renta. Sus exámenes en el colegio de Charterhouse habían resultado tan brillantes que, cuando llegó a Cambridge, el rector de Trinity Hall fue a su encuentro para expresarle la satisfacción que sentía al verle en aquella Universidad. Tenía ante sí una brillantísima carrera. Pertenecía al círculo más intelectual. Leía con entusiasmo a Browning y arrugaba la nariz al solo nombre de Tennyson; conocía con todos los detalles la forma en que Shelley había tratado a Henrietta; dedicábase a la historia del arte —de la pared de su habitación pendían infinidad de cuadros, reproducciones de Watts, Burne Jones y Botticelli— y escribía con cierta elegancia versos pesimistas. Sus amigos afirmaban que tenía mucho talento y él los escuchaba con agrado cuando le profetizaban un gran porvenir. Con el tiempo llegó a ser una autoridad en cosas de arte y de literatura. Lo pintoresco de la Iglesia católica romana atraía a su sensibilidad estética y sólo el miedo a la maldición de su padre, hombre sencillo y de ideas estrechas, y lector de Macaulay, le impedía pasarse al «otro lado». Cuando vieron que sólo obtenía un diploma de segundo grado, sus amigos mostráronse estupefactos. Pero Hayward se encogió de hombros y dio a entender con la mayor delicadeza que no había querido ofrecerse en espectáculo ante los examinadores. Por otra parte, un diploma superior era siempre un poco vulgar. Describía con gracioso humorismo a uno de los profesores, un tipo con un espectacular cuello de camisa, que le había hecho algunas preguntas sobre lógica. Era extraordinariamente aburrido y, de pronto, el alumno se dio cuenta de que el profesor llevaba botines con elásticos. Resultaba un hombre grotesco y ridículo, así que la mente del joven se alejó de él para fijarse en la belleza gótica de la capilla de la King's School. A pesar de esto había pasado en Cambridge días deliciosos. Había ofrecido comidas exquisitas y las conversaciones en su departamento se hicieron célebres. Citó a Philip el exquisito epigrama: Me han dicho, Heráclito, me han dicho que habías muerto. Todavía ahora, cuando contaba la pintoresca anécdota del examinador y su calzado, se reía con toda su alma. Philip, un poco excitado, encontraba magnífico todo esto. Hayward fue a Londres a prepararse para la carrera del foro. Alquiló un gracioso departamento en Clemen's Inn, con friso de madera en las paredes, e intentó darle el aspecto que presentaba la habitación que ocupaba en Cambridge. Poseía vagas ambiciones políticas; soñaba con ser whig y se hizo socio de un círculo liberal y señorial a un tiempo. Tenía intención de hacerse abogado, dedicándose a la Cancillería, cosa que le parecía menos vulgar, y de procurarse más tarde un asiento en el Parlamento como representante de un simpático grupo, en cuanto fueran puestas en vigor las varias promesas que le habían hecho. Mientras tanto, iba mucho al teatro de la Ópera y mantenía estrecha relación con cierto grupo de personas interesantes que admiraban lo que él admiraba. Además, se había hecho socio de un dining-club que tenía como lema: «El Todo, lo Bueno y lo Bello», y mantenía relaciones platónicas con una señora que contaba algunos años más que él y que vivía en Kensington Square; casi todos los días iba a tomar el té con ella, y a la luz de unas velas colocadas en candelabros con pantalla hablaba de George Meredith y de Walter Pater. Era notorio que en los exámenes de abogado casi todos los alumnos salían aprobados, por lo que Hayward no dio importancia a sus estudios. Pero, cuando le dieron calabazas, le pareció que le habían inferido una afrenta personal. Y como una desgracia nunca viene sola, la señora de Kensington Square le anunció que su esposo llegaba de la India con licencia; el tal señor era un hombre dignísimo pero de ideas algo estrechas, y no le agradarían mucho las frecuentes visitas de un joven. Hayward pensó entonces que la vida no era tan bella como se había creído; su alma se rebeló ante la idea de afrontar nuevamente el cinismo de los examinadores y encontró que era muy elegante dar un puntapié a todo lo que tenía ante sí. Además, estaba lleno de deudas. Con trescientas libras al año no era fácil llevar una vida señorial en Londres. Su corazón anhelaba vivir en Venecia o en Florencia, descritas con mágico estilo por John Ruskin. No se adaptaba a la vulgar actividad del foro, habiendo descubierto que no bastaba con poner un rótulo con su nombre en la propia puerta para atraer a los clientes. En cuanto a la política moderna le parecía falta de nobleza. Se sentía poeta. Vendió sus enseres y se marchó a Italia. Había pasado un invierno en Florencia y otro en Roma. En la actualidad, y por segunda vez, pasaba el verano en Alemania, deseoso de poder leer a Goethe en su idioma original. Hayward

poseía una preciosa cualidad. Su pasión por la literatura era sincera, y poseía el don de comunicarla con palabra fácil y ardiente. Penetraba en el espíritu de un escritor haciendo notar lo mejor que había en él y explicándolo de una manera comprensible. Philip había leído mucho, pero sin llegar a discernir la calidad de sus lecturas. Era, pues, un bien para él relacionarse con una persona que pudiera guiar sus gustos. Se abonó a la pequeña biblioteca de la ciudad y empezó a leer todos los bellos libros de que Hayward le hablaba. La lectura no era siempre para él un placer, pero perseveraba en ella. Sentía ansias de mejorar su cultura, ya que se daba cuenta de su ignorancia. Hacia últimos de agosto, cuando Weeks regresó de su excursión por el sur de Alemania, Philip estaba completamente bajo la influencia de Hayward. Éste no sentía el menor afecto por Weeks. Reía de la chaqueta negra y de los pantalones de color del americano, y se burlaba de su mentalidad. Philip oía complacido las críticas que se le hacían a un hombre que siempre se había mostrado amable con él, mas cuando Weeks, a su vez, hizo observaciones poco agradables a propósito de Hayward, se irritó. —Su nuevo amigo tiene aire de poeta —dijo Weeks con una leve y amarga sonrisa. —Lo es. — ¿Se lo ha dicho él a usted? En América le llamaríamos un campeón de la holgazanería. —Pero aquí no estamos en América —repuso fríamente Philip. — ¿Cuántos años tiene? ¿Veinticinco? ¿Y se pasa la vida en las pensiones escribiendo versos? —Usted no le conoce —exclamó Philip con calor. — ¡Oh, sí! Le conozco perfectamente. He encontrado ciento cuarenta y siete como él. Los ojos de Weeks brillaban de malicia, pero Philip, incapaz de comprender el humorismo americano, apretó los labios y adoptó una expresión fría. Weeks le parecía un hombre maduro, aunque en realidad tuviera poco más de treinta años. Alto y delgado, tenía la espalda curvada de los estudiosos, la cabeza grande y fea, cubierta de cabellos claros y ralos; el color terroso, la boca de labios delgados, la nariz larga y la protuberancia de los huesos frontales le daban un aspecto por demás chocante. Sus ademanes eran fríos, exactos y flemáticos, mas al mismo tiempo poseía una extraña vena de frivolidad que desconcertaba a las personas serias hacia las cuales le empujaba su instinto. Estudiaba teología en Heidelberg; sin embargo, los otros estudiantes de su nacionalidad le miraban con desconfianza: no les parecía lo suficientemente ortodoxo, lo cual los asustaba y desaprobaban su humorismo. — ¿Cómo ha podido usted conocer a ciento cuarenta y siete como él? —preguntó Philip con la mayor naturalidad. — ¡Oh! Los he conocido en París, en el Barrio Latino, y en las pensiones de Berlín y Munich. Habitan en los pequeños albergues de Perusa y Asís. Se amontonan a docenas ante los cuadros de Botticelli en Florencia y se sientan en todos los bancos de la Capilla Sixtina en Roma. En Italia beben demasiado vino y en Alemania demasiada cerveza. Admiran siempre lo que hay que admirar, sea lo que fuere, y se proponen escribir, andando el tiempo, una cosa importante. ¿Concibe usted ciento cuarenta y siete grandes hombres? La tragedia está en que ninguna de estas ciento cuarenta y siete obras llegará a escribirse; pero, a pesar de ello, el mundo sigue adelante. Weeks hablaba con gran seriedad, pero al final de aquel largo discurso sus ojos grises brillaron. Philip enrojeció comprendiendo que el americano se estaba burlando de él. —Todo eso son tonterías —acabó diciendo descortésmente. 27. Weeks ocupaba dos habitaciones en la parte de atrás de la casa de frau Erlin; una de ellas, amueblada como un saloncito, le permitía invitar a sus amigos. Después de la cena, empujado por su punzante sentido del humor, que había sido la desesperación de sus compañeros de Universidad en el Estado de Massachusetts, invitaba a menudo a Philip y a Hayward a beber unos vasos en su compañía. Los acogía con estudiadas demostraciones de cortesía insistiendo en ofrecerles la única poltrona cómoda que había en la estancia. A continuación, pese a que él no bebía, colocaba, con una precipitación cuya ironía captaba Philip inmediatamente, dos botellas de cerveza ante Hayward, y se apresuraba a ofrecerle una cerilla cuando en el calor de una discusión se apagaba la pipa del superhombre. Al principio de aquella amistad, Hayward, que provenía de una Universidad famosa, adoptó un aire de condescendencia en sus relaciones con Weeks, el cual había obtenido el diploma en Harvard, y cuando la conversación los llevó a hablar de las tragedias griegas —tema en el que el inglés se atribuía una gran competencia— asumió el tono de la persona que va a dar una serie de detalles sobre la cuestión y no a cambiar ideas con su interlocutor. Weeks escuchó cortésmente, con sonrisa modesta; después hizo a su huésped un par de preguntas insidiosas, tan inocentes en apariencia que Hayward, no viendo el engaño, respondió condescendiente. Weeks hizo entonces una cortés objeción y más tarde rectificó; citó a continuación a un comentarista latino poco conocido y a infinidad de autoridades alemanas. Al cabo se vino a descubrir que era verdaderamente docto en la materia. Con una sonrisa que parecía pedir excusas, Weeks rebatió todo lo que Hayward había dicho, mostrándole con extremada habilidad la superficialidad de sus apreciaciones y burlándose de él con sutil ironía. Philip no pudo menos de reconocer que Hayward había quedado en ridículo además de no tener el buen sentido de callar. Irritado, con aire de indomable seguridad, intentó discutir e hizo observaciones equivocadas que Weeks rebatió amigablemente probándole que lo que decía era absurdo. Por fin el americano confesó que había enseñado griego en la Universidad de Harvard. Hayward lanzó una carcajada de desprecio. —Hubiera debido imaginármelo. Naturalmente, usted lee el griego como profesor; yo lo leo como poeta. — ¿Y halla usted más poesía en sus lecturas

cuando no comprende lo que lee? Finalmente, la cerveza se acabó y Hayward, acalorado y rojo, salió de la habitación. Haciendo un gesto de cólera, dijo a Philip. — ¡Qué casta de pedantes! No poseen el sentido de la belleza. Sólo tienen la precisión y la virtud de las personas mezquinas. No han llegado a comprender el espíritu de los griegos. Weeks es como aquel que fue a oír a Rubinstein y se lamentaba después de que hubiese desafinado un poco. ¡Una nota falsa! ¿Qué importaba si el pianista tocaba divinamente? Philip, ignorando cuántas personas incompetentes se habían consolado con aquella nota falsa, pareció muy impresionado. Hayward no era capaz de resistir a las ocasiones que Weeks le ofrecía para que reconquistase el terreno perdido antes. Y Weeks conseguía con facilidad enzarzarlo en una discusión. Aun dándose cuenta de que su cultura era insuficiente en comparación con la del americano, su terquedad británica y su herida vanidad —quizá fuera la misma cosa— no le permitían renunciar a la disputa. A veces parecía como si le gustara poner en evidencia su ignorancia, su presunción y su testarudez. Pero en cuanto Hayward hacía su afirmación falta de lógica, Weeks demostraba con pocas palabras la falsedad de su razonamiento. A continuación hacía una pequeña pausa para saborear su triunfo, cambiando acto seguido la conversación, como si la caridad cristiana le prohibiera ensañarse con el enemigo vencido. Algunas veces Hayward llegaba al extremo de mostrarse violento y sólo la sonriente cortesía del americano podía evitar que la discusión degenerase en disputa. En tales ocasiones, Hayward, al dejar la habitación de Weeks, murmuraba encolerizado: — ¡Maldito yanqui! Discutían sobre toda clase de materias, pero casi siempre la conversación recaía sobre temas religiosos. El estudiante de teología sentía por ésta un interés profesional, y Hayward acogía de buena gana un tema en el que no había hechos positivos que pudieran desconcertarle. Cuando se trata del sentimiento puede menospreciarse la lógica, cosa bastante cómoda si no se está muy fuerte en ella. Hayward hallaba dificultad para explicarle a Philip sus creencias, sin hacer uso de un torrente de palabras. Sin embargo, era notorio, y esto concordaba con las ideas de Philip, que había sido educado en la fe anglicana. Aunque había renunciado a su conversión al catolicismo, Hayward seguía mirando con simpatía la Iglesia de Roma. Podía decirse mucho en su defensa y comparaba sus suntuosas ceremonias con los sencillos oficios de la Iglesia anglicana. Dio a leer a Philip la Apología de Newman, la cual le pareció muy aburrida, aunque se la leyó íntegra. — Léala por el estilo, no por el contenido —le había dicho Hayward. Hablaba con entusiasmo de la música sacra y del influjo del incienso en el espíritu religioso; Weeks le escuchaba con su fría sonrisa de siempre. Además, Hayward afirmaba que su alma había sufrido muchas incertidumbres. Durante un año se debatió en la oscuridad. Pasando los dedos por sus cabellos rubios y ondulados dijo a los que le escuchaban que no le gustaría sufrir otra vez aquella angustia espiritual. Por fortuna, había llegado ya a las tranquilas aguas del puerto. — Pero, en resumidas cuentas, ¿en qué cree usted? —le preguntó Philip, cuyo espíritu positivo no se contentaba con vagas declaraciones. — Creo en el Todo, en lo Bueno y en lo Bello. Estaba guapo de veras mientras hacía aquella profesión de fe con un amplio movimiento de los brazos y la magnífica actitud de su cabeza. — ¿De modo que define usted su religión según el módulo del censo? —dijo con acento suave Weeks. — Detesto las definiciones rígidas; son feas y vulgares. Si lo prefiere, diré que creo en la Iglesia de Wellington y de Gladstone. — Ésa es la Iglesia anglicana —observó Philip. — ¡Oh, sabio joven! —exclamó Hayward con una sonrisa que hizo enrojecer al joven, pues nuestro héroe creía que, habiendo expresado con palabras sencillas lo que el otro había dicho por medio de una perífrasis, se había hecho reo de vulgaridad. — Pertenzco a la Iglesia de Inglaterra, pero me gustan el oro y las sedas con que se revisten los sacerdotes de Roma; su celibato, los confesonarios y el purgatorio. Y en la penumbra de una catedral italiana, misteriosa y con olor a incienso, creo con toda mi alma en el milagro de la misa. En una iglesia de Venecia vi entrar a la mujer de un pescador con los pies desnudos, dejar en el suelo el cesto de la pesca, caer de hinojos y rogar a la Madona. Comprendí que aquélla era la verdadera fe, y he rogado y he creído con la mujer del pescador. Pero creo también en Afrodita, en Apolo y en el gran Pan. Poseía una voz musical y elegía las palabras que pronunciaba de forma que casi las rimaba. Hubiera continuado, pero Weeks sacó una segunda botella de cerveza. — Permítame que le ofrezca un vaso. Hayward se volvió hacia Philip con aquel gesto ligeramente condescendiente que tanto impresionaba al joven. — ¿Está usted satisfecho? —le preguntó. Philip, un tanto desconcertado, asintió. — Me desilusiona que no haya incluido usted un poco de budismo —dijo Weeks—. Yo, por mi parte, confieso que experimento cierta simpatía por Mahoma. Me disgusta que lo haya dejado usted a la intemperie. Hayward se echó a reír. Aquella noche se sentía contento y el sonido de sus palabras le había gustado. Vacío su vaso. — Estaba seguro de que usted no me comprendería —replicó—. La inteligencia de los americanos sólo sabe situarse en una posición crítica, a la manera de Emersón y otros de su género. Pero ¿qué es la crítica? La crítica sólo sirve para destruir. Todos pueden destruir, pero no todos pueden edificar. Usted es un pedante, querido amigo. Lo que importa es construir. Yo soy un constructor, y soy poeta. Weeks le dirigió una mirada seria que al mismo tiempo parecía brillar de malicia. — Creo, si me permite decírselo, que ha bebido usted un poquito. — Eso no es nada —respondió alegremente Hayward—. Lo

que he bebido no me impide continuar la discusión. Pero ya he volcado el saco de mi alma. Ahora le toca a usted decir cuál es su religión. Weeks inclinó la cabeza hacia un lado, como un gorrión. —Hace años que deseo saberlo. Creo que soy un unitario. —Querrá usted decir un disidente —objetó Philip. Philip no comprendió por qué sus dos amigos rompieron en una carcajada. Hayward ruidosamente y Weeks con risa forzada. —Y en Inglaterra los disidentes no son señores; eso es, no son gentlemen, ¿no es así? —preguntó Weeks. —Ya que me lo pregunta tan claramente, le responderé que no —respondió Philip. Se picaba mucho cuando se reían de él y los dos volvieron a reír. — ¿Quiere usted explicarme qué es un gentleman? — ¡Oh, no lo sabe! Todo el mundo lo sabe. — ¿Y usted lo sabe? Ninguna duda había atravesado la mente de Philip a este propósito; pero sabía que ésta era una afirmación que uno no puede hacer de sí mismo. —Cuando un hombre dice que es un caballero, ¿puede usted demostrar que no lo es? —respondió. —Y yo ¿lo soy? La sinceridad de Philip hacía difícil la respuesta. Pero como era naturalmente cortés, acabó por decir: — ¡Oh, usted es diferente! Usted es americano. —Entonces debemos admitir que sólo los ingleses son gentlemen —afirmó Weeks con seriedad. Philip no le contradujo. — ¿No podría usted darme algún otro detalle? —insistió el otro. Philip enrojeció y se dejó llevar por la cólera. Indiferente al ridículo, replicó: —Los que desee —acordóse de su tío, el cual solía decir que eran necesarias tres generaciones para producir un gentleman y del proverbio: «No se teje brocado con fibras de ortiga»—. Ante todo, el gentleman es hijo de un caballero y ha frecuentado un colegio de señores. Luego ha estado en Oxford y en Cambridge. Weeks le interrumpió: —Edimburgo no bastaría, ¿verdad? —Hablar inglés como un gentleman, vestir según las circunstancias y tener siempre la amabilidad de juzgar si el otro es un gentleman o no. Mientras iba hablando, Philip se daba cuenta de la debilidad de su argumentación, pero no tenía otra de que echar mano. Lo que decía era para él el significado de aquella palabra, y cuantas personas conocía habían sido siempre de su mismo parecer. —Por lo tanto, resulta evidente que yo no soy un gentleman —prosiguió Weeks—. Lo que no comprendo es por qué se ha sorprendido usted tanto ante mi afirmación de que soy un disidente. —Verdaderamente, no sé lo que es un unitario —respondió Philip. Weeks ladeó nuevamente la cabeza de aquella forma curiosa; parecía a punto de trinar. —Un unitario rechaza muy seriamente todo lo que los otros creen y tiene una fe ardiente en todo lo indeterminado. —No sé por qué razón trata usted de burlarse de mí. Deseo sinceramente aprender. —Amigo mío, no quiero burlarme de usted. He llegado a esa definición después de varios años de trabajo espiritual y de un estudio angustioso y enervante. Cuando Philip y Hayward se levantaron para marcharse, Weeks dio al joven un volumen en rústica. —Creo que lee usted el francés correctamente y me parece que esto le interesará. Philip le dio las gracias, cogió el libro y leyó el título. Era la Vie de Jésus, de Renan. 28. Ni Hayward ni Weeks imaginaron nunca que la conversación que les había servido para pasar la noche hubiera de ser causa de profundas reflexiones para Philip. El joven no había pensado nunca que la religión pudiera ser jamás materia de discusión. Para él la religión era la Iglesia anglicana y quien no creyere en su dogma era un terco que recibiría su castigo en este mundo o en el otro. Tenía, sin embargo, algunas dudas sobre los castigos reservados a los que no creían en la Iglesia anglicana. Era muy posible que un Juez misericordioso reservara las llamas del infierno a los paganos —mahometanos, budistas y otros— y perdonase a los disidentes y a los católicos romanos, aunque éstos pasarían por la humillación de tener que reconocer su error. Y era también posible que Él se mostrara piadoso con los que no habían tenido posibilidad de conocer la verdad, pero si habían tenido la posibilidad y no la habían aprovechado, el castigo sería terrible y merecido. No es que se lo hubieran dicho de una manera clara, pero se lo habían presentado como que sólo a los miembros de la Iglesia anglicana esperaba la felicidad eterna. Una de las cosas que a Philip le habían hecho comprender como algo indiscutible era la maldad y la corrupción del incrédulo. Sin embargo, Weeks, aunque no profesara la misma fe suya, llevaba una vida de una completa pureza. Philip había conocido pocas manifestaciones de la bondad altruista y sentíase conmovido por las atenciones del americano. Una vez, durante un resfriado, Weeks le cuidó durante tres días como una madre. En él no había maldad ni vicio, sino sinceridad y ternura. Evidentemente, era posible ser, por tanto, virtuoso e incrédulo. A Philip se le había hecho creer también que quien se adhería a otra confesión lo hacía sólo por testarudez o por interés: en lo íntimo de su conciencia sabían que aquella religión era falsa, pero trataban de engañar a los demás. Con el fin de hacer ejercicios de alemán, el joven había tomado la costumbre de asistir los domingos por la mañana al servicio luterano. Poco después de la llegada de Hayward empezó a ir a misa con él. Observó que mientras la iglesia protestante estaba casi vacía y los pocos presentes parecían distraídos, en la capilla de los jesuitas se agolpaba la gente y los fieles rogaban con fervor. No parecían ser unos hipócritas. Este contraste le sorprendió porque él sabía que los luteranos, cuya fe era la que más se acercaba a la Iglesia anglicana, se encontraban por este motivo más cerca de la verdad que los católicos. Muchos de los asistentes eran alemanes del Sur y Philip pensaba que podía haber nacido también en un país católico, o bien en Inglaterra, pero en el seno de una familia wesleyana anabaptista o metodista, en lugar de nacer en una perteneciente a la verdadera fe. Pensando en tal peligro se estremeció. Se hallaba en cordiales relaciones con el chino

que se sentaba a la mesa dos veces al día. Sung sonreía siempre y se mostraba afable y cortés. ¿Era posible que hubiera de arder en el infierno sólo por ser chino? Pero si la salvación era posible cualquiera que fuese la fe del hombre, no había entonces ninguna ventaja especial en pertenecer a la Iglesia anglicana. Más perplejo que nunca, Philip interrogó a Weeks, pero lo hizo con muchas precauciones, ya que temía siempre caer en el ridículo, y el ácido humorismo con el que Weeks hablaba de la Iglesia anglicana le desconcertaba. El americano no hizo otra cosa que aumentar su perplejidad. Dijo a Philip que aquellos alemanes que veía en la capilla jesuita estaban tan firmemente convencidos de la verdad de la Iglesia católica como él de la verdad de la anglicana, añadiendo que los mahometanos y los budistas se hallaban a su vez convencidos de la verdad de sus respectivas religiones. La seguridad de estar en posesión de la verdad no significaba nada desde el momento que todos creían estar en posesión de ella. Weeks no tenía la intención de quitar la fe al muchacho pero la religión era un tema de conversación que le apasionaba. Había dicho la verdad al afirmar que rechazaba casi todo lo que creían los otros. Una vez Philip le hizo una pregunta que había sido hecha a su tío en el vicariato al hablar de un libro moderadamente racionalista, del que se hablaba mucho en los periódicos en aquella época. —Pero ¿por qué ha de tener usted razón y san Anselmo y san Agustín estar equivocados? — ¿Quiere usted decir que ellos eran hombres inteligentes y cultos en tanto que alimenta la idea de que yo no soy una cosa ni la otra? —Sí—respondió Philip un poco desconcertado, ya que la pregunta formulada de aquel modo le parecía un tanto impertinente. —San Agustín creía que la tierra era plana, que el sol daba vueltas a su alrededor. —Y esto ¿qué prueba? —Prueba que cada uno cree con su propia generación. Philip preguntó a Weeks cuál era su opinión acerca de la religión de Hayward. Weeks respondió: —Los hombres siempre se han formado los dioses a su imagen. Hayward cree en lo pintoresco. Hubo una breve pausa. A continuación dijo Philip: —No veo por qué se ha de creer en Dios. Apenas hubo dicho esta frase, se dio cuenta de que había dejado de creer. Respiró hondamente, como los que se disponen a sumergirse en agua fría. Miró desconcertado a Weeks y de súbito sintió miedo. Intentó reflexionar sobre todo lo que había dicho, pareciéndole que se trataba de toda su vida. Estaba persuadido de que una decisión sobre tal materia podía tener una gran influencia sobre su porvenir y que un error podía significar la maldición eterna. Cuanto más reflexionaba más dueño de sí mismo se sentía y durante toda la semana siguiente leyó con avidez libros más bien escépticos, sólo con el fin de encontrar una confirmación de lo que sentía interiormente. El hecho era que había dejado de creer, no por una razón u otra sino porque no tenía temperamento religioso. La fe le había sido inculcada exteriormente. Era una cuestión de ambiente y de ejemplo. Otras circunstancias y nuevos ejemplos le habían dado la posibilidad de encontrarse a sí mismo. Abandonó la fe de su infancia como se abandona un vestido que ya no sirve. Al principio la vida le pareció extraña y solitaria, privada de la fe que, sin que se diera cuenta, había constituido su apoyo. Se sentía como un hombre que habiendo caminado siempre apoyado en un bastón, se ve de pronto obligado a no llevarlo. Le parecía que los días eran más fríos y las noches más solitarias. Pero a los pocos días se sintió más tranquilo. La vida le parecía más exaltada, y el bastón que había arrojado y el vestido que había dejado caer le parecieron pesos intolerables de los que se había liberado. Los ejercicios religiosos que se había visto obligado a practicar durante tantos años formaban parte de su religión. Recordó las oraciones y los versículos del Evangelio que había tenido que aprenderse de memoria. Recordó los largos servicios de la catedral durante los cuales su cuerpo parecía endurecerse mientras deseaba poderse mover. Recordó el paseo nocturno por el largo camino fangoso hasta llegar a la parroquia de Blackstable y el frío de la iglesia, donde se sentaba con los pies helados, las manos llenas de sabañones y la atmósfera oliendo a brillantina. ¡De qué forma se había aburrido! Su corazón dio un brinco al solo pensamiento de que se había liberado de todo esto. No salía de su asombro al ver lo fácilmente que había dejado de creer. Y no sabiendo que éste era el resultado de un profundo trabajo de su subconsciente, atribuyó a su inteligencia la certeza que había logrado. Se sentía muy contento de sí mismo. Con su jovial falta de simpatía hacia toda forma de pensar distinta de la suya, en la actualidad despreciaba un poco a Weeks y a Hayward porque ambos se sentían contentos de la vaga emoción a la que daban el nombre de Dios y no se decidían a dar el paso que a él le parecía tan natural. Un día subió a una colina desde la cual se dominaba un panorama que, sin saber por qué, le producía una gran exaltación. Era otoño, pero los días se mostraban a menudo sin una nube y el cielo parecía brillar con un esplendor más luminoso que en el verano, como si la naturaleza hubiese querido hacer más bellos los últimos días de la estación triste. Miró la llanura inundada de sol que se extendía ante él. A lo lejos se distinguían los tejados de Mannheim y más lejos la mancha opaca de Worms. Aquí y allá un centelleo revelaba el curso del río. El gran cauce resplandecía de oro, Philip, con el corazón palpitante de alegría, se acordaba del tentador que se había acercado a Jesús en otra montaña para mostrarle los reinos de la tierra. Embriagado por aquella belleza, le parecía que tenía ante sí al mundo entero y sentíase impaciente por descender y gozarlo. Libre de temores degradantes, libre de prejuicios, podía seguir su camino sin que le persiguiera el intolerable miedo al infierno. De pronto se dio cuenta de que también se había deshecho del pesado fardo de la

responsabilidad, que hacía que pareciera tan importante cada gesto de su vida. Respiraba más libremente un aire más ligero. Era responsable sólo ante sí mismo. ¡Libre, dueño al fin de su destino! Por la fuerza de la costumbre, dio gracias a Dios por no creer en Él. Ebrio de orgullo por su inteligencia y su intrepidez, el joven penetró decididamente en una nueva vida, pero la pérdida de la fe no trajo ningún cambio en su manera de ser. Había podido apartar de sí a los dogmas cristianos, mas nunca se le pasó por las mientes apartar a la ética cristiana. Aceptaba la virtud, contento de practicarla por sí misma, sin idea de recompensa ni de castigo. Había pocas ocasiones de mostrar su heroísmo en casa de frau Professor, pero él hacía esfuerzos por parecer más amable que antes, e intentaba ser agradable a las viejas y aburridas señoras que a veces hablaban con él. Evitaba con cuidado las imprecaciones y los adjetivos violentos propios de la lengua inglesa, que antes había cultivado como signo de virilidad. Habiendo terminado aquel asunto a su entera satisfacción, quiso no pensar más en él, pero es más fácil decir que hacer tales cosas. No podía evitar que algunas veces la duda viniera a turbarle. Era tan joven y tenía tan pocos amigos que la inmortalidad no le preocupaba y estaba dispuesto a renunciar a esa creencia con la mayor tranquilidad. Pero había una cosa que le turbaba. Se decía a sí mismo que era irrazonable, estaba dispuesto a reírse de su sentimentalismo, y, sin embargo, notaba que sus ojos se le llenaban de lágrimas al pensar que no vería más a su bella mamá, cuyo cariño se había hecho máspreciado para él con el transcurso de los años. Algunas veces, como si viviera bajo la influencia de innumerables antepasados devotos, temerosos de Dios, era presa del terror de que todo fuera verdad y que allá arriba, tras aquel cielo azul, existiera un Dios justiciero que castigase a los ateos con el fuego eterno. En tales momentos, su razón no le prestaba la menor ayuda y se imaginaba la angustia de un tormento físico que duraría por los siglos de los siglos. Un abundante sudor inundaba su frente, y el miedo le producía un malestar indecible. Acababa por decirse desesperado: —Después de todo no es culpa mía. No puedo forzarme a mí mismo para creer. Si hay un Dios y quiere castigarme porque sinceramente no creo en Él, nada puedo hacer para evitarlo. 29. Llegó el invierno. Weeks salió para Berlín con el propósito de asistir a las lecciones de Paulssen, y Hayward empezó a pensar en trasladarse al mediodía de Europa. El teatro local abrió sus puertas, y Philip y Hayward iban dos o tres veces cada semana con el laudable propósito de perfeccionar su alemán. El joven prefería esto a los aburridos sermones. Vivían en pleno renacimiento del drama. Algunas obras de Ibsen figuraban en el repertorio; El honor, de Sudermann, era una novedad, y su representación en la tranquila ciudad universitaria provocó grandes discusiones. Unos la ponían en los cuernos de la luna y otros la atacaban con furibunda saña. Siguieron en el programa obras de otros dramaturgos escritas bajo la influencia moderna, y Philip asistió a la representación de una serie de dramas en los que la perfidia del género humano era puesta en evidencia. Philip no había asistido nunca al teatro antes de la época que nos ocupa, pues aunque algunas compañías de cuarto orden llegaban de vez en cuando a Blackstable, el vicario, fuera por su profesión, fuera porque el teatro le parecía una cosa vulgar, no iba nunca a verlas. La pasión del teatro se apoderó de Philip. Sentía un estremecimiento en cuanto entraba en la pequeña sala mal acondicionada y mal iluminada. No tardó en conocer las particularidades de toda la compañía, y leyendo el reparto podía decir por anticipado cuáles eran las características de los personajes. Pero esto no tenía para él la menor importancia. Aquella era, según él, vida real, vida extraña, oscura y atormentada; y los hombres y las mujeres mostraban abiertamente el dolor que llevaban en el corazón. Un hermoso rostro escondía un alma perversa; los que parecían virtuosos se servían de la máscara de la virtud para esconder vicios secretos; los que parecían fuertes eran débiles; los honestos estaban corrompidos, y los castos eran libertinos. Parecía como si se encontrara en una habitación donde la noche anterior hubiese habido una orgía, y en el aire se notaba olor de cerveza, de humo y de humanidad. Nadie reía. Todo lo más, sonreían el hipócrita y el estúpido. Los personajes se expresaban con palabras crueles que parecían brotar de un corazón desgarrado por la vergüenza y la angustia. Philip estaba fascinado por aquella sórdida intensidad. Le parecía estar viendo otra casa del mundo y sentía un imperioso deseo de conocerla. Después de la representación se metía en una taberna acompañado de Hayward a comer un emparedado y a beber un vaso de cerveza. A su alrededor había un grupo de estudiantes que charlaban y reían. A veces aparecía una familia formada por el padre, la madre, un par de hijos y la hija. Ésta decía a lo mejor una cosa graciosa y el padre, apoyándose en el respaldo de la silla, reía con toda su alma. Todo aquello era muy íntimo e inocente, pero Philip no captaba la agradable simplicidad de la escena, pues su pensamiento se hallaba todavía ocupado con el drama que acababa de ver. —Se nota que es la vida misma, ¿no es verdad? —decía excitado—. ¡Ah, creo que no permaneceré aquí mucho tiempo! ¡Quiero volver a Londres para comenzar a vivir! Ya me he preparado bastante. Ahora quiero vivir la vida. Algunas veces Hayward dejaba que Philip volviera a casa solo. Sin responder a las preguntas de su amigo, Hayward dejaba entrever a éste, con una risita alegre y un poco ligera, que se trataba de un amor romántico. En aquellas ocasiones citaba algún verso de Rossetti, y una vez enseñó a Philip un soneto en el que la pasión, el pesimismo y el sentimiento se unían para celebrar a una joven llamada Trude. Hayward circundaba sus pequeñas aventuras vulgares con un halo de poesía y sentíase comparable a

Pericles y a Fidiás porque hablaba del objeto de su atención con palabras «etéreas» en lugar de servirse de los términos crudos de que dispone la lengua inglesa. Philip, por curiosidad, atravesó un día la callejuela cercana al puente y flanqueada de casitas blancas con persianas verdes, en la cual había dicho Hayward que vivía fräulein Trude; pero las mujeres de rostro brutal y mejillas pintadas que salieron a sus puertas, llamando al joven, le llenaron de terror... Philip, horrorizado, pudo zafarse de las manos ávidas que intentaban aferrarle. Anhelaba conocerlo todo y sentíase en ridículo porque a su edad no había probado todavía lo que según todas las novelas era la cosa más importante de la vida, pero tenía la desgracia de ver las cosas tal como eran y la realidad que se le ofrecía difería bastante del ideal de sus sueños. No sabía que un país árido y vasto debe ser recorrido muchas veces por un viajero para que éste pueda decir que lo conoce. Es una ilusión creer que la juventud sea feliz, una ilusión fomentada por los que la han perdido. Los jóvenes, por el contrario, suelen ser desgraciados, ya que están llenos de falaces ideales que les han instilado y que se hacen añicos cada vez que el joven toma contacto con la realidad. Le parece entonces ser víctima de una conspiración porque los libros que ha leído, ideales de selección, y las palabras que le dirigían sus padres, que miraban hacia el pasado a través del velo color de rosa del olvido, le habían preparado para una vida irreal. Hay que aprender entonces por uno mismo que todo lo que ha leído u oído narrar es mentira, mentira, mentira, y que se halla clavado en la cruz de la vida. Cosa extraña: todos los que han pasado por esta amarga desilusión son los primeros que contribuyen a que otros se engañen a su vez. La compañía de Hayward era la peor que Philip podía encontrar. Hayward no veía nada sino a través de la literatura y era peligroso porque se engañaba a sí mismo con sinceridad. Con toda honradez tomaba su sensualidad por emociones románticas, su volubilidad por temperamento artístico, su indolencia por calma filosófica. Su mente, vulgar en su esfuerzo hacia el refinamiento, lo veía todo más grande de lo que en realidad era. Mentía sin saberlo, y si se lo hacían observar elogiaba la belleza de la mentira. Era un idealista. 30. Philip se hallaba inquieto y descontento. Las alusiones poéticas de Hayward le turbaban y su alma aspiraba a un poco de romanticismo. Por lo menos, así es como el joven se explicaba a sí mismo su estado de ánimo. En la casa de frau Erlin acaeció por entonces un incidente que aumentó las precauciones amorosas de Philip. En dos o tres ocasiones, paseando por la colina, se había encontrado con fräulein Cecilia y más tarde con el chino. Saludó a ambos con una inclinación de cabeza y no pensó más en ello. Pero un anochecer, al volver a casa después del crepúsculo, se adelantó a dos personas que caminaban juntísimas. En la oscuridad no pudo distinguir las, pero le pareció reconocer a Sung y a Cecilia. Ambos hicieron un rápido movimiento para separarse, lo cual hizo pensar a Philip que iban del brazo. El joven quedó sorprendido y confuso. Nunca se había fijado mucho en Cecilia. Era una muchacha feúcha, con el rostro cuadrado y las facciones bastas. No tendría más de dieciséis años y todavía llevaba la trenza sobre la espalda. Aquella noche, durante la cena, la miró con curiosidad, y la muchacha, si bien durante algún tiempo se había mostrado taciturna, le dirigió la palabra: — ¿Dónde ha ido usted a pasear hoy, mister Carey? — He ido hacia el Königsstuh. — Pues yo no he salido. Me dolía la cabeza. El chino, sentado a su lado, se volvió hacia ella. — Lo siento — dijo —. Espero que ahora esté usted mejor. Cecilia, evidentemente intranquila, dirigió de nuevo la palabra a Philip. — ¿Ha encontrado usted a mucha gente? Philip no pudo menos de enrojecer al responder con una mentira. — Ni un alma. Le pareció notar en los ojos de ella una expresión de alivio. Muy pronto no le cupo la menor duda de que había algo entre el chino y la muchacha, pues otros huéspedes los vieron andar por rincones apartados. Las señoras ancianas que se sentaban en la extremidad de la mesa empezaron a decir que aquello era un escándalo. Frau Professor se mostraba muy fría. Había hecho todo lo posible para no enterarse de nada. El invierno se echaba encima y en aquella estación era menos fácil que en verano tener la casa llena de gente. Mister Sung era un cliente magnífico. Ocupaba dos habitaciones de la planta baja y se bebía una botella de Mosela en cada comida. Frau Professor se la facturaba a tres marcos, haciendo un discreto negocio. Ninguno de los otros huéspedes bebía vino, y algunos de ellos ni siquiera bebían cerveza. Tampoco deseaba perder a Cecilia, cuyos padres se encontraban por motivos comerciales en América del Sur y pagaban muy bien los cuidados maternos de frau Professor; si hubiera escrito algo de lo que sucedía al tío de la muchacha que vivía en Berlín, de seguro que se la habría llevado con él. Frau Professor se contentó por lo tanto, con lanzar a ambos miradas severas cuando estaban en la mesa, y no osando mostrarse descortés con el chino, se desahogó tratando con descortesía a Cecilia. Pero las viejas no estaban contentas. Dos de ellas eran viudas y la tercera era una solterona holandesa de aspecto varonil. Las tres pagaban una cantidad modesta y daban mucho trabajo. Las tres celebraron una conferencia con frau Professor para decirle que era necesario tomar una determinación, pues de lo contrario la casa dejaría de ser respetable. Frau Professor intentó convencerlas con la obstinación, con la cólera y con sus lágrimas. Pero las tres viejas se mantuvieron en sus trece y ella, en un momento de indignación, prometió poner fin al escándalo. Después de la comida llamó a Cecilia a su habitación y empezó a hablarle con gran seriedad. Mas su sorpresa fue mayúscula al ver que la muchacha adoptaba un aire descarado y que le respondía que estaba dispuesta a hacer lo que le pareciera y que si salía de paseo con el

chino sólo a ella le importaba. Frau Erlin la amenazó con escribir a su tío. —Entonces tío Heinrich me meterá en una pensión de Berlín y la cosa será mucho más agradable para mí. Mister Sung se irá también a Berlín. Frau Professor empezó a llorar. Las lágrimas corrían por sus rojas y abultadas mejillas. Cecilia se le rio en su cara. —Por lo tanto, tendrá usted tres habitaciones vacías durante todo el invierno —dijo. Frau Professor cambió entonces de táctica. Apeló a los sentimientos de Cecilia, la cual era buena, sensible, tolerante. La trató, no como a una niña sino como a una mujer. Le dijo que no habría nada de malo en aquello si no se hubiera tratado de un chino con la piel amarilla, la nariz aplastada y los ojos de cochinillo. Era lamentable. —Bitte, bitte (Haga el favor, haga el favor) —dijo Cecilia rebelándose—. No quiero oír nada contra él. — ¡Pero no es una cosa seria! —exclamó frau Professor. — ¡Le amo, le amo y le amo! —Got im Himmel! Frau Professor la miró horrorizada. Creía que se trataba del capricho inocente de una niña, pero la pasión que vibraba en la voz de Cecilia fue una revelación para ella. La muchacha la miró un segundo con los ojos llameantes y luego, encogiéndose de hombros, salió de la estancia. Frau Erlin no contó a nadie los detalles de aquella entrevista, y un par de días después cambió los sitios de la mesa. Rogó a Sung que se sentara junto a ella, y el chino, siempre muy cortés, aceptó en el acto. Cecilia tomó la cosa con indiferencia, pero como sabía que sus relaciones eran conocidas por todos, a partir de aquel momento no hizo ningún misterio de sus paseos. Cada día después de comer salían juntos hacia la colina. Era evidente que no les importaba lo más mínimo cuanto se decía de ellos. La paciencia del profesor tuvo un límite al fin y rogó a su esposa que hablara con el chino. La dama cogió aparte a mister Sung y le reprochó su conducta. Estaba manchando la reputación de la muchacha, hacía daño a la casa y debía reconocer que no se portaba correctamente. Por toda respuesta, el chino negó sonriente. No sabía de qué le hablaban, él no tenía que ver nada con fräulein Cecilia, no paseaba nunca con ella y en todo lo que la señora decía no había una palabra de verdad. — ¡Oh, mister Sung! ¿Cómo puede usted decir una cosa así? Ha sido usted visto muchas veces. —No, está usted en un error. No es verdad. La miraba con aquella sonrisa estereotipada que dejaba ver sus dientes, pequeños y blancos. Permanecía completamente tranquilo. Lo negó todo con inverosímil desfachatez. Al cabo, frau Professor perdió la calma y le dijo que la muchacha había confesado que le amaba. El chino no dio su brazo a torcer y continuó sonriendo: — ¡Tonterías, tonterías! No es verdad. No fue posible arrancarle una palabra más. El tiempo era pésimo: nieve y hielo en una larga sucesión de días grises que hacían que los paseos resultasen poco agradables. Philip acababa una tarde de dar clase con el profesor de alemán y se hallaba en el salón hablando con frau Erlin cuando Ana entró precipitadamente. —Mamá, ¿dónde está Cecilia? —Debe de estar en su cuarto. —No tiene la luz encendida. Frau Professor dejó escapar una exclamación de estupor y miró asustada a su hija. Había adivinado lo que ésta pensaba. —Llama a Emil —dijo con voz ronca. Era el criado tonto que servía a la mesa y hacía la mayor parte de las faenas de la casa. —Emil, ve a la habitación de mister Sung y entra sin llamar. Si encuentras a alguien di que has entrado para ver cómo está la estufa. En el rostro flemático de Emil no se dibujó ninguna expresión de extrañeza. Salió lentamente. Frau Professor y Ana dejaron la puerta abierta y se dispusieron a escuchar. Cuando oyeron que Emil volvía a salir lo llamaron. — ¿Había alguien? —preguntó la señora. —Sí. Mister Sung estaba en su habitación. — ¿Sólo? Una sonrisa maliciosa apareció en los labios del muchacho. — No; estaba también fräulein Cecilia. — ¡Qué horror! —exclamó la dueña de la casa. Emil sonrió más abiertamente. —Fräulein Cecilia va todas las tardes a la habitación de mister Sung y se pasa allí horas y horas. Frau Professor se retorció las manos. — ¡Pero eso es abominable! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —No era de mi incumbencia —respondió Emil alzando lentamente los hombros. —Te habrán pagado bien sin duda. ¡Anda, anda, márchate! El criado salió andando torpemente. —Es necesario echarla, mamá —dijo Ana. — ¿Y quién pagará el alquiler? ¿Y la contribución? Eso de echarla se dice pronto. Pero si se marcha, ¿cómo pagaré tantas cuentas? —Se volvió a Philip con el rostro surcado de lágrimas—. ¡Ah, mister Carey! No dirá usted a nadie lo que ha sabido, ¿verdad? Si fräulein Förster —era la solterona holandesa— lo supiera se marcharía en seguida, y si se van todos no me quedará otro remedio que cerrar. —Esté usted tranquila, no diré nada. —Si fräulein Cecilia se queda no le dirigiré más la palabra —afirmó decididamente Ana. Aquella noche, a la hora de la cena, fräulein Cecilia, más encarnada que de costumbre, y con una expresión de terquedad en el rostro, apareció puntualmente. Pero Sung, en cambio, no lo hizo, y Philip pensó que quería sustraerse a la prueba. Al fin, también apareció el chino sonriendo y excusándose por la tardanza. Insistió como de costumbre en ofrecer a frau Professor un vaso de Mosela, ofreciendo también uno a fräulein Förster. La atmósfera de la habitación estaba caldeadísima, ya que la estufa había permanecido encendida todo el día y las ventanas se abrían muy poco. A pesar de su torpeza, Emil acertaba a servir a todos bastante rápidamente. Las dos ancianas guardaban silencio con expresión desaprobatoria. Frau Professor no se había rehecho apenas de la crisis de lágrimas y su marido permanecía silencioso y un tanto deprimido. La conversación languidecía. A Philip le parecía que algo terrible se cernía sobre aquel grupo de personas con las que se reunía tan a menudo; todo parecía distinto de como era habitualmente bajo la luz de las dos lámparas que colgaban del techo. Sentíase el joven

vagamente inquieto. Una vez que sus ojos se encontraron con los de Cecilia le pareció leer en ellos odio y desprecio. Respiró sofocado. Era como si la pasión culpable de la pareja turbara a todos los demás. Se sabía que el misterio de los vicios ocultos, como los perfumes que exhalaban los pebetesos del Celeste Imperio, adormecía a los comensales. Philip sentía el latido de la sangre en las sienes; no comprendía la extraña emoción que se había apoderado de él, pero sentíase atraído y disgustado al mismo tiempo. Las cosas siguieron así durante bastantes días. La atmósfera se había vuelto malsana a causa de las pasiones violentas que todos percibían a su alrededor, y los nervios de cada uno estaban cada vez más tensos. Sólo Sung permanecía indiferente. Sonreía afable y cortés como siempre. Imposible decir si su actitud era el triunfo de una civilización o la expresión del desprecio de un oriental hacia el Occidente derrotado. Cecilia se mostraba insolente y cínica. Al fin, ni frau Professor pudo soportar más tiempo aquella situación. Un pánico repentino la conmovió cuando el profesor Erlin, con brutal franqueza, le hizo comprender los peligros de unas relaciones demasiado públicas; frau Professor vio su buen nombre y la reputación de su casa comprometida por un escándalo sobre el que no podría echarse tierra. Guiada por su interés, no había pensado en tal posibilidad; pero ahora, aterrorizada, hubiera querido poner a la muchacha de patitas en la calle, sin más dilación. El buen sentido de Ana impidió tal cosa. La misma Ana sugirió la idea de escribir una carta habilidosa al tío de Berlín aconsejándole que se llevara a la muchacha. Una vez resignada a perder a dos de sus huéspedes, frau Professor no pudo resistir la satisfacción de dar libre curso a la cólera que había almacenado durante todo el tiempo. Por fin era dueña de decir a Cecilia todo lo que se le ocurriera. —He escrito a su tío para que venga a buscarla. No puedo tenerla más tiempo en mi casa. Sus redondos ojillos brillaron al notar la súbita palidez que invadió el rostro de la muchacha. —Es usted una desvergonzada —continuó. Otros insultos le subieron a la boca. —¿Qué ha escrito usted a mi tío Heinrich? —preguntó la muchacha abandonando su gesto descarado. —Él mismo se lo dirá. Espero una carta suya mañana. Al día siguiente, para que la humillación de Cecilia fuera pública, frau Professor le dirigió la palabra durante la cena. —He recibido una carta de su tío. Debe usted preparar su ropa esta noche y mañana la acompañaremos al primer tren. Su tío irá a buscarla a la estación central. —Muy bien, señora. Mister Sung sonrió a la dueña de la casa mirándola a los ojos y, a pesar de sus protestas, insistió en llenarle un vaso de vino. Frau Professor comió con buen apetito, pero se había creído demasiado pronto ser la vencedora. Antes de irse a la cama llamó al criado. —Emil, si el baúl de fräulein Cecilia está ya listo es mejor que lo baje esta noche. El mozo de estación vendrá a buscarlo mañana por la mañana. El criado salió, volviendo al cabo de un momento. —Fräulein no está en su habitación ni tampoco está su maleta. Con un grito, frau Professor se precipitó en el cuarto de la muchacha. El baúl estaba a punto, cerrado y atado; pero había desaparecido la maleta y el abrigo de Cecilia. El tocador estaba vacío. Jadeante, la dueña de la casa bajó la escalera para ir a la habitación del chino. Hacía veinte años que no se movía con tanta ligereza; y Emil le gritó que tuviera cuidado de no caerse. Frau Professor entró sin llamar. La estancia estaba vacía. El equipaje había desaparecido, y la puerta del jardín, todavía abierta, mostraba el camino que habían tomado los fugitivos. En un sobre, encima de la mesa, estaba el dinero de la pensión de un mes y una cantidad aproximada por los extraordinarios. Frau Professor se dejó caer pesadamente en el diván. No quedaba la menor duda: habían huido juntos. Emil permaneció indiferente, estólido. 31. Después de haber anunciado durante un mes su marcha y haberla siempre aplazado por no tomarse el trabajo de hacer el equipaje y afrontar el tedio de un largo viaje, Hayward se decidió por último a partir poco antes de Navidad, acuciado por los preparativos de fiestas que veía hacer. No se sentía con fuerzas para soportar la alegría teutona. La sola idea le ponía piel de gallina, y, en su deseo de evitarlo, decidió irse la víspera de Navidad. Philip no lo deploró. Su carácter rectilíneo hacía que le irritase la indecisión de Hayward. A pesar de que Hayward tenía mucha influencia sobre él, a Philip le costaba mucho trabajo reconocer en aquella inquietud de espíritu el síntoma de una gran sensibilidad. Sobre él parecía gravitar el recuerdo de las burlas con que Hayward acogía su carácter. Sostuvieron correspondencia. Hayward era un excelente correspondal y, consciente de este don, escribía de buena gana. Su temperamento vibraba a cada sensación estética, y en sus cartas desde Roma acertó a transmitir un exquisito perfume italiano. La ciudad de los antiguos romanos le pareció un poco vulgar. Sólo la decadencia del Imperio poseía, según él, cierta elegancia. Pero la Roma de los Papas gozaba de toda su simpatía, y Hayward, con palabras exquisitamente elegidas, le describía todas las bellezas. Habló de la vieja música religiosa y de los montes Albanos, de la languidez del incienso y de la fascinación de las calles por la noche, cuando el piso aparecía reluciente después de la lluvia, y de la misteriosa luz de los faroles. Sin duda aquellas bellas cartas estaban hechas en serie para uso de diversos amigos, pero su autor, ignoraba el efecto turbador que ejercían sobre Philip, al cual su vida le parecía, a continuación de la lectura de una de ellas, terriblemente monótona. Con la primavera, Hayward se volvió ditirámico y propuso a Philip que fuera a reunirse con él. En Heidelberg perdía el tiempo. Los alemanes eran groseros y su vida de una vulgaridad aplastante. ¿Cómo podía el alma encontrarse a sí misma en aquel paisaje? En Toscana la primavera cubría la tierra de flores, y Philip tenía diecinueve años. Si se

decidía a reunirse con él visitarían juntos las pequeñas ciudades de Umbría. Las palabras caían pesadamente en el corazón de Philip. También Cecilia se había marchado a Italia con su amante. Pensando en ellos, Philip era presa de una agitación que no acertaba a comprender. Maldecía su suerte, pues no tenía dinero para viajar y sabía que su tío no le enviaría más que a razón de quince libras semanales, y nunca había administrado muy bien aquella pequeña renta. Después de pagar la pensión y las lecciones le quedaba poquísimo. Además, la compañía de Hayward le había salido más bien cara. El amigo le había propuesto a menudo realizar una excursión, asistir a una representación teatral o tomar una botella de vino cuando Philip tenía casi gastada su asignación mensual. Y con la inconsciencia propia de sus años, Philip no había osado nunca confesar que no podía permitirse ninguna prodigalidad. Afortunadamente, las cartas de Hayward no eran muy frecuentes, y en los intervalos reanudaba Philip su vida de estudio. Se había matriculado en la Universidad y asistía a uno o dos cursos de lecciones. Kuno Fischer se hallaba por entonces en el pináculo de su gloria y durante el invierno dio una serie de brillantes conferencias sobre Schopenhauer. Aquellas conferencias fueron para Philip el primer contacto con la filosofía. El joven poseía un espíritu práctico que se resistía a moverse entre las abstracciones. Pero halló un encanto inesperado en las disquisiciones metafísicas. Escuchaba al conferenciante conteniendo la respiración, como cuando se observa a un equilibrista que está pasando la maroma sobre un abismo. Mas aquello le excitaba. El pesimismo de la argumentación atraía a su juventud; y creía que el mundo en el que iba a penetrar era un lugar de tinieblas y de color. Esto no disminuía en modo alguno su deseo de entrar en él, y cuando mistress Carey, escribiéndole en nombre de su tutor, empezó a hablarle de su retorno a Inglaterra asintió con entusiasmo. Era necesario que eligiera una carrera. Marchándose de Heidelberg a fines de julio podría discutir con sus tíos el mes de agosto y tendría tiempo de prepararse. Una vez establecida la fecha de su marcha, mistress Carey escribió de nuevo, hablándole de miss Wilkinson, gracias a cuya intervención había podido hospedarse en casa de frau Erlin, y le informó que la dama pasaría algunas semanas con ellos en Blackstable. Saldría de Fushing tal día y, si Philip, hacía por encontrarse con ella, atravesarían el Canal juntos, haciéndose compañía también hasta Blackstable. La timidez de Philip le impulsó a escribir diciendo que había aplazado la salida un par de días. Se imaginaba a sí mismo buscando a miss Wilkinson, el embarazoso momento en que le preguntaría si era ella y el riesgo de equivocarse y de que le respondieran mal. Existía, además, la preocupación de si en el tren debía darle conversación o bien podría consagrarse a leer los libros que llevaba. Al cabo salió de Heidelberg. Desde hacía tres meses pensaba sólo en el porvenir y, por lo tanto, dejó la ciudad sin gran disgusto. No supo nunca que había sido feliz en ella. Fräulein Ana le regaló un ejemplar del Trompeter von Säckingen y él correspondió con un volumen de William Morris. Dando pruebas de gran sabiduría, ninguno de los dos leyó nunca el libro que el uno había ofrecido al otro.

32. Philip quedó sorprendido al ver de nuevo a su tío y a su tía. No se había dado cuenta antes de que eran dos viejos. El vicario lo recibió con su acostumbrada indiferencia, tan poco cortés. Estaba algo más gordo, algo más calvo y algo más amarillo. Philip se dio cuenta de que era un ser insignificante. Su rostro indicaba debilidad e indulgencia hacia sí mismo. Tía Louisa le abrazó y le besó. Lágrimas de alegría brotaban de sus ojos. El sobrino apareció conmovido y confuso. No sabía que la tía le quisiera tanto. — ¡Qué largo me ha parecido el tiempo durante tu ausencia, Philip! — dijo la anciana. Le acariciaba las manos y le miraba sintiéndose feliz. — Has crecido, estás hecho un hombre. Un bigote naciente ornaba el labio superior de Philip. Se había comprado una navaja de afeitar y rasuraba con infinito cuidado su piel tersa. — ¡Hemos estado tan solos sin ti! — Y luego, con cierta timidez y voz temblorosa, indagó: — Estás contento de haber vuelto a tu casa, ¿no es cierto? — Naturalmente. Su tía era tan delgada que casi le pareció transparente. Los brazos que le echó al cuello no eran más fuertes que huesecillos de pollo. ¡Y tantas arrugas en aquel rostro marchito! Los rictos grises, que llevaba todavía como cuando era joven, le daban un aire extrañamente melancólico. Su cuerpo disecado era como una hoja de otoño, que el primer golpe de viento un poco fuerte puede llevarse. Philip se dio cuenta de que aquellos dos seres que pertenecían a una generación pasada no esperaban ya nada de la vida y aguardaban pacientemente, casi estúpidamente, su última hora. Ante aquellas vidas a punto de terminar, el joven, en el vigor de su juventud, ávido de excitaciones y de aventuras, tuvo una sensación de espanto. Aquellos dos seres no habían hecho nunca nada y el día que desaparecieran sería como si nunca hubiesen vivido. Sintió una gran piedad hacia tía Louisa y, de súbito, nació en él un gran cariño hacia ella, como si quisiera corresponder al cariño que le demostraba. En aquel momento, miss Wilkinson, que se había mantenido discretamente aparte para dar lugar a que los Carey saludasen al sobrino, entró en la estancia. — He aquí a mis Wilkinson — dijo mistress Carey. — El hijo pródigo ha vuelto — afirmó la joven tendiéndole la mano—. Le traigo una rosa para ponerla en su ojal. Con alegre sonrisa colocó en la solapa de Philip la flor que acababa de cortar. El muchacho enrojeció, sorprendiéndose al mismo tiempo de aquello. Sabía que miss Wilkinson era hija del último rector de tío William. Philip conocía bien a las hijas de los eclesiásticos, las cuales solían llevar trajes mal cortados y zapatos gruesos. Por lo general vestían de negro, porque cuando Philip era niño y vivía en Blackstable la labor de

punto hecha en casa no había llegado todavía a aquella parte de Inglaterra, y a las damas del clero no les gustaban los colores. Iban peinadas siempre con el cabello tirante y olián a ropa blanca almidonada. Consideraban que la gracia femenina era un signo de impudicia, y jóvenes o viejas eran siempre iguales. Su agresividad religiosa y las estrechas relaciones que mantenían con la Iglesia hacía que adoptasen hacia el resto de la humanidad un aire ligeramente dictatorial. Miss Wilkinson era bastante diferente. Llevaba un vestido de muselina blanca estampada de flores, zapatitos con tacón alto y medias transparentes. La inexperiencia de Philip hizo que le pareciera vestida de un modo maravilloso. No podía darse cuenta de que se trataba de un vestido de poco precio comprado hecho. Iba peinada con mucho cuidado y llevaba un hermoso rizo sobre la frente. Los cabellos eran negrísimos y brillantes y parecía que ninguno se pudiera escapar del sitio que le correspondía. Poseía unos grandes ojos de color negro y una nariz ligeramente aguilina. De perfil se parecía un poco a un ave de rapiña, pero de frente era pasadera. Sonreía mucho, pero su boca era grande. Al sonreír hacía todo lo posible por esconder los dientes, grandes y más bien amarillentos. Pero lo que más extrañó a Philip fue ver que se pintaba. Sus ideas en lo que a esto se refiere eran muy estrechas y creía que una señora no debía hacer uso de afeites. Y miss Wilkinson era, sin discusión, una dama porque era hija de un eclesiástico, y un eclesiástico es un gentleman. De buenas a primeras Philip sintió una profunda antipatía hacia ella. La joven hablaba con leve acento francés y, como había nacido y crecido en Inglaterra, aquello no podía ser más que afectación. La sonrisa le parecía fingida y la alegría de sus maneras le irritó. Durante dos o tres días permaneció silencioso y hostil. Pero miss Wilkinson parecía no darse cuenta de ello. Mostrábase muy afable y al hablar se dirigía casi exclusivamente a Philip. Había algo de halagador en aquello de preguntarle constantemente su opinión sobre lo que fuera. Le hacía, además, reír, y Philip no sabía resistir a las personas que le divertían. Él también procuraba decir cosas ingeniosas y no dejaba de ser agradable tener una interlocutora comprensiva. Ni el vicario ni mistress Carey tenían el sentido del humor. Ninguno de los dos reían nunca de lo que él decía. Habituándose a miss Wilkinson y perdiendo poco a poco su timidez, Philip empezó a encontrar a la joven más simpática. El acento francés le pareció pintoresco, y en una reunión en el jardín, en casa del doctor, el atavío de miss Wilkinson fue el más gracioso de todos. Se trataba de un traje de seda azul con lunares blancos, y Philip se sintió satisfecho del efecto producido. — Estoy seguro de que si lo sumamos todo tendrá usted en su haber muchas maldades, muchas —le dijo riendo. — ¡Mi sueño es que me tomen por una perdida! Un día, mientras miss Wilkinson se encontraba en su habitación, Philip preguntó la edad de la joven a su tía. — Querido, no debe preguntarse nunca la edad de una mujer; pero seguramente es demasiado vieja para casarse contigo. El vicario sonrió. — Seguramente no es ya una niña, Louisa. Era ya una muchacha hecha y derecha cuando estábamos en el Lincolnshire, y desde entonces han pasado veinte años. Recuerdo que llevaba la trenza colgando. — Podría tener unos diez años —insinuó Philip. — ¡Oh!, no; más —afirmó la tía Louisa. — Estaría cerca de la veintena —replicó el vicario. — No, William. Todo lo más tendría dieciséis o diecisiete. — En resumen, que debe de haber superado en mucho la treintena —concluyó Philip. En aquel momento miss Wilkinson bajaba la escalera tarareando una romanza de Benjamín Goddard. Llevaba puesto el sombrero porque iba a salir con Philip y tendió a éste la mano para que le abrochara el guante. El joven obedeció con cierta torpeza. Sentíase presa de cierta confusión, pero deseaba mostrarse galante. La conversación entre ellos resultaba fácil ahora y, mientras paseaban, hablaban de infinidad de cosas. Ella le hablaba de Berlín y Philip le contó cómo le había ido su estancia en Heidelberg. El joven notó que mientras hablaba, las cosas que le habían parecido faltas de interés adquirirían de pronto una gran importancia. Los asuntos que preocupaban a los huéspedes de frau Erlin y las conversaciones entre Weeks y Hayward, que entonces le parecían tan insignificantes, cobraban relieve, aunque al mismo tiempo el joven pensaba si no era un absurdo pensar que aquello tuviera importancia. Las carcajadas de miss Wilkinson le halagaron. — Me da usted mucho miedo. ¡Es usted tan sarcástico! A continuación le preguntó, bromeando, si no había sostenido relaciones amorosas en Heidelberg. Philip respondió inmediatamente que no, pero su interlocutora no le creyó. — ¡Qué discreto es usted! A su edad eso es algo increíble. Philip enrojeció y se echó a reír. — Usted quiere saber demasiado —replicó. — ¡Ah!, ya me lo imaginaba —exclamó triunfalmente miss Wilkinson—. ¡Hay que ver lo encarnado que se ha puesto usted! Felicísimo por ser tomado por un sujeto mentiroso, Philip cambió de conversación para hacer comprender a su interlocutora que deseaba ocultar Dios sabe qué romántica aventura. Sentíase encolerizado contra sí mismo por no haber tenido ninguna. Pero evidentemente le había faltado ocasión. Miss Wilkinson, por su parte, estaba descontenta de la vida. Explicó largamente a Philip que un tío de su madre tenía que dejarle un patrimonio, pero que a última hora se casó con su criada y revocó el testamento. Por lo tanto, le tocaba ganarse la vida. Recordaba el lujo en que se crió y comparaba su vida en el Lincolnshire — carruaje y caballos — con la mísera dependencia de su estado actual. Philip se desconcertó cuando, hablando de esto con su tía Louisa, ésta le dijo que en su tiempo los Wilkinson no tenían más que un carricoche y un pony. Además, tía Louisa añadió que había oído hablar del tío rico, pero que ya estaba casado y tenía hijos antes de que naciera Emily,

y que, por consiguiente, ésta no podía haber tenido nunca esperanzas de heredarle. Miss Wilkinson sentía odio por Berlín, donde se veía precisada a trabajar. Se lamentaba de la vulgaridad de la vida en Alemania comparándola con la vida brillante de París, donde pasó varios años. La joven no precisaba cuántos. Había sido institutriz en la casa de un pintor de moda, casado con una mujer riquísima, y allí conoció a muchos personajes célebres. Philip no pudo menos de admirarse al ver la calidad de los personajes citados. Frecuentaban la casa algunos actores pertenecientes a la Comedia Francesa, y Coquelin, durante una cena, sentado a su lado, le había dicho que no conoció nunca a una extranjera que hablase el francés tan bien como ella. Alfonso Daudet le había regalado un ejemplar de Safo, prometiéndole que se lo dedicaría, pero más tarde ella olvidó recordárselo. Ya le dejaría el libro a Philip. También Maupassant frecuentaba la casa. Al nombrar a este último, miss Wilkinson emitió una risita y miró a Philip con intención. Era un hombre muy extraño, pero ¡qué escritor! Philip había oído hablar de Maupassant a Hayward y sabía que el escritor pasaba por un donjuán. — ¿Le hizo a usted la corte? —preguntó. Le costó pronunciar aquellas palabras, pero a pesar de ello llegó a pronunciarlas. Miss Wilkinson gustaba mucho al joven y su conversación le interesaba, pero no podía figurarse que nadie le hiciera la corte. — ¡Vaya una pregunta! —exclamó la joven—. El pobre Guy hacía la corte a todas las mujeres que veía. Era su vicio. Suspiró y comenzó a recordar el pasado con ternura. —Un hombre fascinador —murmuró. Si Philip hubiera tenido algo más de experiencia habría podido hacerse una idea de cómo sucedieron las cosas. El ilustre escritor fue invitado a comer «en familia» y la institutriz entró en el comedor acompañando a las dos señoritas de la casa. Hubo la presentación de rigor. —Notre miss... — Mademoiselle... Y así empezó la comida, durante la cual la institutriz permaneció en silencio mientras el ilustre escritor hablaba con los dueños de la casa. Pero las palabras de miss Wilkinson sugirieron en Philip una idea mucho más romántica. —Hábleme usted de él —dijo excitado. —No tengo nada que decir —contestó sinceramente, pero dejando intuir que con la escabrosa verdad habría para llenar tres volúmenes—. No debe ser usted demasiado curioso. A continuación siguió hablando de París. Amaba los bulevares y el Bois. Cada calle tenía su gracia particular, y en los árboles de los Campos Elíseos había una distinción que no poseían los de ningún otro lugar. Se hallaban sentados en un poyo cerca de la carretera principal, y miss Wilkinson miraba con desdén los majestuosos olmos que se alzaban ante ellos. ¡Y el teatro! Las comedias eran brillantes y la manera de interpretarlas incomparable. Además, ella solía acompañar a menudo a madame Foyot, la madre de sus alumnas, a casa de su modista. — ¡Qué desgracia ser pobre! —exclamaba miss Wilkinson—. ¡Cuántas cosas bellas! Sólo en París se sabe vestir. ¡Y no poder comprar nada! ¡Pobre madame Foyot! No tenía línea. Cuántas veces me han dicho las modistas en voz baja: «¡Ah, mademoiselle! ¡Si la señora tuviese su figura...!»». Philip notó entonces que miss Wilkinson era discretamente ebúrnea, de lo que estaba orgullosa. —En Inglaterra los hombres son verdaderamente estúpidos. Sólo miran el rostro. En Francia, pueblo de amantes, dan mucha más importancia a la belleza del cuerpo. Philip no había pensado nunca en tal cosa, pero en aquel momento observó que las pantorrillas de miss Wilkinson eran torneadas y bien formadas. Y se apresuró a volver los ojos hacia otro lado. —Tendría usted que ir a Francia. ¿Por qué no va usted un año a París? Aprendería usted bien el francés y podría... déniaiser. — ¿Y eso qué significa? La joven se echó a reír con malicia. —Búsquelo en el diccionario. Los ingleses no saben tratar con mujeres. Son tímidos. La timidez en un hombre es algo ridículo. No saben hacer la corte. No son ni siquiera capaces de llamar graciosa a una mujer sin parecer unos verdaderos idiotas. Philip se sintió en ridículo. Evidentemente miss Wilkinson esperaba de él otra cosa, y él, a su vez, hubiera querido de buena gana mostrarse galante e ingenioso, pero no se le ocurría nada, y cuando se le ocurría algo tenía miedo de quedar más en ridículo todavía diciéndolo. — ¡Cómo me gustó París! —exclamó miss Wilkinson—. Pero tuve que marcharme a Berlín. Permanecí en casa de los Foyot hasta que se casaron las hijas. Luego, no encontrando otra cosa, acepté una colocación en Berlín por mediación de cierta parienta de madame Foyot. Precisamente esta parienta tenía un piso en París, en la calle de Breda, en el cinquième. Pasé en tal piso una temporada. No era un ambiente muy respetable. Seguramente habrá usted oído hablar de aquella calle. ¿No es verdad? Ces dames... Philip asintió con la cabeza, aunque no sabía lo que la Wilkinson quería decir, si bien tenía una vaga sospecha de ello y no quería pasar por ignorante. —Pero a mí no me importaba nada. Je suis libre, n'est-ce pas? Le gustaba mucho hablar francés y verdaderamente lo hablaba muy bien. —Una vez tuve una extraña aventura —añadió. Hizo una breve pausa y Philip insistió para que la narrase. —Usted no me ha contado la suya de Heidelberg —objetó la joven. —Las mías no son muy interesantes. — ¡Quién sabe lo que diría mistress Carey si supiera de lo que hablamos! —No se imaginará usted que voy a contárselo. — ¿Palabra? Después de haber recibido la promesa del joven de que guardaría silencio, ella le dijo que un estudiante de Bellas Artes que vivía en el piso de arriba... Pero de súbito ella se interrumpió. — ¿Por qué no se dedica usted al arte? ¡Pinta usted con tanta gracia! — No lo hago lo bastante bien para consagrarme a la pintura. —Toca a los otros el juzgar. Y creo que tiene usted muchísima aptitud. — ¡Figúrese qué diría tío William si yo le dijera de pronto que deseaba irme a París a estudiar

pintura! —Pero es usted el dueño de sí mismo, ¿no es verdad? —Está usted buscando desviar la conversación. Le ruego que continúe su historia. Miss Wilkinson, riéndose suavemente, continuó relatando lo que ya había empezado. El estudiante la había encontrado en varias ocasiones por la escalera, pero ella no reparó nunca en otra cosa sino en que tenía unos hermosos ojos y en que se quitaba muy cortésmente el sombrero cuando se encontraban. Un día la joven encontró una carta que habían echado por debajo de la puerta. El estudiante le decía en ella que la adoraba desde hacía meses y que la esperaba siempre por la escalera. ¡Una carta bellísima! Naturalmente, no respondió. Pero ¿qué mujer no se hubiera sentido halagada? Al día siguiente, otra carta, apasionada y conmovedora. Al encontrarle por la escalera, el joven no sabía adonde mirar, pero cada día le enviaba una carta. Por fin el joven le rogó un día que le recibiera. Añadió que iría a su piso por la noche, vers neuf heures. Ella no sabía qué hacer. Pensaba dejarle llamar y llamar, sin abrirle, y con los nervios en tensión esperaba oír la campanilla. Pero cuando menos se lo esperaba, se lo encontró ante ella. Había olvidado cerrar la puerta cuando entró. —C'était fatalité —acabó. —¿Y qué sucedió luego? —La historia acaba aquí —fue la respuesta, acompañada de una risita aguda. Philip permaneció silencioso durante unos momentos. El corazón le latía atropelladamente y una extraña emoción se apoderaba de él. Veía la oscura escalera donde ocurrían los encuentros, admiraba las audaces cartas. — ¡Oh, él no hubiera podido escribir nunca cartas así! — Y luego aquel allanamiento de morada, silencioso, casi misterioso... La cosa era extraordinariamente romántica. — ¿Cómo era? — ¡Oh, muy guapo! Charmant garçon. — ¿Se ve usted ahora con él? El joven, al formular su última pregunta, experimentaba una ligera irritación. —Se portó conmigo de un modo abominable. Los hombres son todos iguales. Sí, ninguno de ustedes tiene corazón. —En esa cuestión yo no tengo nada que ver —rebató Philip no sin cierto embarazo. —Volvamos a casa —concluyó miss Wilkinson. (*New York giant pizza university san diego ca*).

Audiolibro Servidumbre Humana W Somerset Maugham Cap Tulos Del 22 Al 32

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>